

¿Debo Ser Bautizado?

Carlos Villamil y Felipe Nunn
Colombia, Sur América

Primera edición: 1997

Edición 2010

Fuente: www.philipnunn.com

Hemos escrito estas páginas para que el nuevo creyente entienda el significado simbólico del bautismo, despeje algunas de sus inquietudes, y luego decida obedecer al Señor Jesús tomando el paso del bautismo.

Estas lecciones también pueden usarse como base para dictar clases bautismales.



Además, el contenido de este estudio puede ser estudiado en el formato de curso por correspondencia de la Escuela Emmaús - ECS Ministries: www.ecsministries.org

Diez lecciones sobre el Bautismo Cristiano

Contenido

- Lección 1. ¿Por qué bautizamos al cristiano?
- Lección 2. ¿Cómo se recibe la salvación?
- Lección 3. El bautismo y la seguridad de nuestra salvación
- Lección 4. ¿Qué instrucciones dejó el Señor Jesús en cuanto al bautismo?
- Lección 5. El bautismo y el perdón de los pecados
- Lección 6. ¿Qué simboliza el bautismo cristiano?
(1) Identificación con Cristo en su muerte y resurrección
- Lección 7. ¿Qué simboliza el bautismo cristiano?
(2) El fin del viejo hombre y el comienzo de la nueva vida
- Lección 8. ¿Qué compromisos adquiero al ser bautizado?
- Lección 9. ¿Cómo se practica el bautismo cristiano?
- Lección 10. ¿Qué impide que yo sea bautizado?

Apéndices

- Apéndice 1. ¿Qué sucede cuando un creyente se aparta?
- Apéndice 2. ¿Qué pasa con un bebé que muere sin ser bautizado?
- Apéndice 3. Ser llenos del Espíritu y el bautismo en el Espíritu Santo
- Apéndice 4. Algunos versículos relacionados con el bautismo que pueden causar confusión
- Apéndice 5. La naturaleza del único Dios verdadero

Diez lecciones sobre el Bautismo Cristiano

Dios nos ha dado su Palabra para mostrarnos el camino. Por eso el salmista cantaba: “Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105). Cada vez que avances en este estudio, pide a Dios que te abra el corazón para recibir las verdades enseñadas en su Palabra. Busca y lee todas las citas bíblicas, y las porciones correspondientes a cada lección.

Lección 1

¿Por qué bautizamos al cristiano?

Al comienzo de su ministerio, leemos que Jesús enseñaba y también bautizaba (Juan 3:22,26). Parece que un poco después, delegó la responsabilidad de bautizar a sus discípulos (Juan 4:2). Pero preguntémosnos: ¿Por qué se bautizaban los seguidores de Jesucristo? ¿Quién fue el inventor del bautismo cristiano? Antes de partir, Jesucristo dio a sus discípulos instrucciones claras: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Esto es lo que llamamos el “bautismo cristiano”.

Es de notar que la práctica del bautismo comenzó mucho antes. Juan el Bautista, por ejemplo, bautizaba. En la tradición judía también encontramos ciertas formas de bautismo. Haremos referencia a algunas de éstas en el desarrollo de este curso, pero sólo para distinguirlas del “bautismo cristiano”, que es el bautismo que debemos practicar hoy día. En esta lección veremos:

1. ¿Qué significa el “bautismo cristiano”?
2. ¿Por qué bautizarse?
3. ¿Por qué es necesario ser creyente antes de ser bautizado?

1. ¿Qué significa el “bautismo cristiano”?

El bautismo cristiano es el acto simbólico mediante el cual una persona que ha recibido al Señor Jesucristo demuestra públicamente que es un discípulo de Él. El bautismo, por lo tanto, es un símbolo exterior de una transformación interior. Consiste en ser sumergido en agua y ser sacado de allí, confesando que se ha muerto y resucitado con Cristo.

La palabra “bautizar” proviene del término griego “BAPTIZO”, que significa “sumergir” o “hundir”. Esta palabra griega también se empleaba en el oficio de teñir tela en tinta. La tela o lana se sumergía o “bautizaba” totalmente en la tinta para quedar teñida. Entendemos, por lo tanto, que el bautismo simboliza una identificación estrecha. Al bautizarse, el cristiano se ‘sumerge’ visiblemente en Cristo (Romanos 6:3) y en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (1 Corintios 12:13). Esto quiere decir que el que se bautiza se identifica de forma visible con el Señor y con su Iglesia.

2. ¿Por qué bautizarse?

Sencillamente porque en las Sagradas Escrituras leemos que el bautismo es el deseo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo para cada creyente. Aun más, sus palabras en Mateo 28:19 expresan un mandamiento para ti y para mí. Cristo mismo desea y espera que cada cristiano busque ser bautizado.

El Señor Jesucristo no deja lugar para que un creyente, que ha experimentado ya el nuevo nacimiento, no se bautice. Si eres un cristiano y no te has hecho bautizar, tu situación no es normal.

Los apóstoles y los primeros creyentes tomaron muy en serio estas instrucciones del Señor Jesucristo. Ellos predicaban la Palabra de Dios, y “los que recibieron su palabra fueron bautizados” (Hechos 2:41). Más adelante, en Hechos 8:35, 36, leemos que Felipe le explicó el “evangelio de Jesús” al etíope que volvía de Jerusalén. Al terminar de hablar Felipe, el etíope le dijo: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” ¿Por qué hizo el etíope tal pregunta? Tenemos que concluir que la enseñanza sobre el bautismo formaba parte del “evangelio de Jesús”. Es decir, si no predicamos, promovemos y practicamos el bautismo cristiano, nuestro mensaje es incompleto. Si miramos los ejemplos que encontramos en el libro de los Hechos, vemos sin excepción que el nuevo creyente se bautizaba tan pronto como podía después de su conversión.

Concluimos entonces, que: El bautismo es la clara voluntad del Señor Jesucristo para todo cristiano.

3. ¿Por qué es necesario ser creyente antes de ser bautizado?

El bautismo en agua es sencillamente un símbolo, una representación de lo que sucedió el día de tu conversión. Cuando una persona decide entregar su vida al Señor, le recibe en el corazón con toda sinceridad. En ese momento la persona ‘muere’ con Cristo, es ‘sepultada’ con Cristo, y ‘resucita’ con Cristo. A esto se le denomina IDENTIFICACIÓN con Cristo. Cuando Cristo murió y resucitó, Él cargó el castigo que yo merecía. Es como si yo muriera y resucitara con Cristo. A los ojos de Dios, el creyente cuenta como un crucificado, muerto, sepultado y resucitado EN Cristo. Por eso “No hay condenación para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). ¿No es esto maravilloso? Esta identificación ocurre por decreto de Dios para cada creyente en el momento de su conversión, y nadie puede anularlo.

En el mismo instante en que tú y yo nos rendimos al Señor, Dios nos identifica con Cristo, pero también nos identifica con la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. La Iglesia no es una denominación, sino el conjunto de todos los verdaderos cristianos en todo el mundo, en todos los tiempos. Estas dos identificaciones (con Cristo y con la Iglesia) son actos espirituales, y ocurren por decreto de Dios en el momento de la conversión. Una vez que han sucedido, nadie puede anularlas.

El bautismo representa lo que ocurre en la conversión. Es un símbolo visible de una transformación espiritual e invisible. Simbólicamente la persona es “sepultada” en el agua, y sale otra vez de allí “resucitada”. Es un pequeño “drama” de una realidad espiritual que ocurrió en el día de su conversión.

Entendiendo esto, ¿qué razón habría para bautizar a una persona que aún no se ha

entregado a Cristo? El orden bíblico es: primero creer, luego bautizarse. Hacer discípulos y bautizarlos. Evidentemente sólo los que han tenido la experiencia espiritual pueden representarla en las aguas del bautismo. De otro modo estarían presentando ante Dios, la Iglesia y el mundo, una mentira.

Una pregunta personal

En este momento cabe la pregunta: ¿Eres creyente? ¿Has tenido la experiencia del nuevo nacimiento? ¿Has recibido la salvación eterna y el perdón de los pecados por la obra del Señor Jesús en la cruz? Si tu respuesta es “sí”, damos la gloria a Dios por su gracia, y te preguntamos: ¿Ya te bautizaste?

Lección 2

¿Cómo se recibe la salvación?

¿Habrá salvación para una persona que muere sin ser bautizada? ¿Qué conexión existe entre el bautismo y la salvación? En forma concreta, ¿qué hay que hacer para ser hecho hijo de Dios? Miremos lo que dicen las Escrituras. En esta lección estudiaremos:

1. El pecado y la condenación eterna.
2. El plan de Dios para salvar al hombre.
3. Cosas que no nos pueden salvar.
4. ¿Qué debo hacer para ser salvo?
5. ¿Qué relación existe entre el bautismo cristiano y la salvación?

1. El pecado y la condenación eterna

A ninguno de nosotros le gusta tomar medicinas y aún menos que le apliquen una inyección. Pero cuando estamos convencidos de nuestra necesidad de una inyección, ¡hasta pagamos para que nos la apliquen! Lo mismo ocurre en las cosas espirituales. Dios, en su Palabra, nos muestra que como humanos estamos desesperadamente enfermos. Tenemos una enfermedad de rebeldía contra Dios. Vivimos ignorando la voluntad de nuestro Creador. A esto la Biblia le da el nombre de PECADO. A Dios no le gusta esa actitud de independencia y rebeldía que existe en nuestro corazón. Tenemos la costumbre de compararnos con los demás y creemos que no somos tan malos, pero Dios en su palabra afirma que “TODOS pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). El profeta Isaías exclama con tristeza que “TODOS nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Isaías 53:6). El ojo puro del Señor, que penetra hasta lo más profundo de mi ser, me revela que pecco mucho contra Él. Ofendo a diario su santidad.

Lo terrible es que nuestro pecado nos condena. Dios, siendo santo y justo, se ve obligado a juzgar y castigar al pecador. “Porque la paga (sueldo) del pecado es muerte” (Romanos 6:23). El castigo que merecemos es la condenación eterna. ¿Has reflexionado seriamente sobre esto? Si Cristo aún no te ha salvado, estás condenado (Juan 3:16). Vas rumbo al infierno.

2. El plan de Dios para salvar al hombre

¿Es posible que un pecador pueda ser salvo? ¿Cómo puede un Dios santo perdonar a una persona que tanto le ha ofendido? Veamos en la Biblia el plan que Dios diseñó para resolver este problema.

Nosotros, como pecadores sucios y perdidos, no podemos acercarnos a un Dios santo y puro. En su gran amor, Dios mismo tomó la iniciativa para salvar al hombre: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree, no se pierda mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Enviando a su Hijo amado, lo máspreciado que tenía, Dios Padre demostró su profundo deseo de salvar a cada hombre y a cada mujer. Nuestros muchos pecados no le impidieron seguir amándonos. Cristo mismo “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). El Señor Jesucristo tomó sobre su cuerpo mis maldades y el castigo que merecían: la ira de Dios. En la cruz del Calvario, Cristo fue castigado por mi pecado, pagó el precio de mi deuda: la muerte.

3. Cosas que NO nos pueden salvar

Algunos se imaginan una balanza donde nuestras buenas acciones están a un lado y nuestras malas al otro. Piensan que nuestras buenas obras pueden contrarrestar el mal que hacemos. Pero no nos engañemos. Las cosas de Dios no funcionan así. Nuestras buenas obras no nos pueden salvar. “Porque por gracia (bondad de Dios) sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don (regalo) de Dios. NO POR OBRAS para que nadie se glorié” (Efesios 2:8, 9).

Si alguna persona pudiera ganarse el perdón y la salvación de Dios por sus propios esfuerzos, no habría sido necesaria la muerte redentora de Cristo. El hecho de que Cristo murió, demuestra que nuestros esfuerzos no nos pueden salvar. La asistencia a una iglesia no nos salvará. Tampoco la lectura de la Biblia, la oración, el bautismo, la participación en la Cena del Señor, ni el dar limosnas o ayudar al necesitado. No estamos diciendo que estas cosas son malas, pero ninguna de ellas nos puede salvar. Ni aun si son hechas con sinceridad y sacrificio. Cristo “nos salvó, NO POR OBRAS de justicia (obras buenas) que nosotros hubiéramos hecho...” (Tito 3:5). ¿Estás tratando de ganarte el perdón de Dios con tu buen comportamiento? Reflexiona. Nunca lo podrás lograr.

4. ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Hay muchos que con corazón sincero nos hemos hecho esta pregunta. Y gracias a Dios, encontramos la respuesta en las Sagradas Escrituras. En desesperación, el carcelero de Filipos le preguntó a Pablo y a Silas: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” y el apóstol respondió: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hechos 16:30, 31). ¿Qué es creer en el Señor Jesucristo? ¡Es mucho más que creer que Jesucristo existió! Sí, creer en Cristo significa reconocer que el sacrificio del Señor Jesucristo vale para MÍ, que Él cargó todos MIS pecados, que sufrió MÍ castigo, y que sólo Él puede salvarme. La verdadera fe en Cristo necesariamente va acompañada de un arrepentimiento sincero, y un apartamiento de lo que desagrada a Dios (Hechos 3:19).

Si aún no eres salvo, Cristo está tocando a la puerta de tu corazón en estos momentos. Te está hablando suavemente a tu conciencia animándote a que reconozcas tu pecado y que le invites a entrar y gobernar tu vida. “He aquí, yo (Jesucristo) estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré...” (Apocalipsis 3:20). ¿Quieres nacer de

nuevo? Te invito a que se lo digas al Señor en oración. Podrías decirle más o menos lo siguiente:

“Señor Jesucristo, reconozco que soy pecador y que te he ofendido con mis hechos, actitudes y pensamientos. Gracias por morir en la cruz por mí. Gracias por llevar el castigo que yo merezco. Ahora te invito a que entres en mi corazón y que gobiernes en mi vida. Gracias por tu perdón. Ayúdame a apartarme de lo que te desagrada. Haz de mi vida lo que tú quieras. Amén.”

Si has expresado el contenido de esta oración con humildad y sinceridad, puedes decir con confianza que ¡eres un hijo o una hija de Dios! Has recibido de Dios el regalo de la salvación.

5. ¿Qué relación hay entre el bautismo cristiano y la salvación?

El bautismo cristiano es un símbolo externo que refleja un cambio interno. Simboliza que hemos nacido de nuevo. Las Escrituras que hemos visto en esta lección prometen vida eterna al que pone su confianza en Jesucristo, sin mencionar el bautismo. Dios en su Palabra nos asegura: “Mas a TODOS los que le RECIBIERON, a los que CREEN en su nombre, les dio potestad (derecho) de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Evidentemente la salvación no depende de ser bautizado o no. Debido a que el bautismo seguía rápidamente a la conversión, existen algunos versículos que parecen indicar que el bautismo es necesario para ser salvo. Miraremos estos versículos más adelante. Considere las instrucciones del Señor a sus discípulos en Mateo 28:19,20. Los envió a hacer discípulos (creyentes comprometidos con el Señor), a bautizarlos, y a enseñarles. Este mismo orden se ve en diferentes ocasiones en el libro de los Hechos. El bautismo no te convierte en un discípulo sino que demuestra públicamente que YA ERES un discípulo.

Si la salvación dependiera del bautismo, no habría esperanza para el que no encuentre quién lo bautice, o aquel que esté muriendo sin acceso a un charco de agua. Aun en la Biblia encontramos un ejemplo de esto: El ladrón que pidió a Jesús en la cruz que se acordara de él en su reino, recibió del Señor la seguridad de que ese mismo día estaría con Él en el paraíso. Era ya imposible para el ladrón recién convertido bautizarse, y sin embargo recibió la salvación (Lucas 23:42, 43). Es de esperar que, si hubiera tenido la oportunidad, este ladrón arrepentido se hubiera hecho bautizar. Pero es un ejemplo claro y concreto de un hombre salvo sin ser bautizado.

Una pregunta personal

Lo que hemos aprendido hasta ahora, demanda una revisión de tu estado con el Señor. ¿Ya has invitado a Cristo a tu corazón como el Salvador que necesitas?

Lección 3

El bautismo y la seguridad de nuestra salvación

Hemos considerado hasta ahora el propósito del bautismo y la forma en que Dios salva al pecador arrepentido. En esta lección miraremos:

1. ¿Es posible que un cristiano pierda su salvación?
2. ¿Qué ocurre cuando pecamos?
3. Errores comunes con respecto al bautismo.

1. ¿Es posible que un cristiano pierda su salvación?

Esta pregunta es seria: ¿Cuán segura es nuestra salvación? Si nuestra salvación dependiera en alguna manera de nuestro comportamiento, nunca podríamos tener certeza de ir al cielo. No sabríamos si estamos viviendo una vida suficientemente fiel al Señor para tener garantizada la salvación. Por otra parte, tendríamos la posibilidad de perdernos eternamente si caemos en un pecado momentos antes de morir. No. **Nuestra salvación no depende de nuestro comportamiento sino de la obra perfecta y completa de Cristo en la cruz.** No podemos añadir nada a lo que Cristo ya completó.

Reflexionemos sobre algunas escrituras: En Juan 3:36 leemos “El que cree en el Hijo TIENE vida eterna”. No dice que tendrá vida eterna si permanece fiel, sino que TIENE vida eterna. Jesucristo mismo dijo en Juan 5:24: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, TIENE vida eterna; y NO VENDRÁ A CONDENACIÓN, mas ha pasado de muerte a vida.” La promesa para el creyente es segura: “No vendrá a condenación”, ¡NUNCA será condenado! Cristo no nos salva sólo cuando nos estemos portando bien. Cuando Cristo nos declara salvos, nos salva para siempre. “Porque con una sola ofrenda [Cristo] hizo perfectos PARA SIEMPRE a los santificados” (Hebreos 10:14).

Piensa de tu salvación en esta forma: ¿Quién puede anular lo que Dios ha decretado? ¿Quién puede añadir o disminuir a la perfección de la obra del Señor Jesús en la cruz? ¿Quién puede hallar deuda donde todo ha sido pagado? La salvación del creyente es tan segura que parece increíble que lo sea. Es cierto que no la merecemos, pero Dios sabía que si la salvación dependiera de la fidelidad del creyente, seguramente ninguno la obtendría.

Jesucristo dijo “El que persevere hasta el fin será salvo”. Encontramos esta expresión tres veces en la Biblia (Mateo 10:22, Mateo 24:13 y Marcos 13:13), y en cada caso Jesucristo se está refiriendo a los creyentes que viven en un tiempo futuro llamado “la tribulación” y no a su Iglesia. El “fin” no es el fin de la vida de una persona, sino el fin de este período de gran tribulación sobre la tierra (ver Mateo 24:14 y Marcos 13:7). “Salvo” no se refiere a la salvación eterna sino a sobrevivir esta gran tribulación y entrar vivo al milenio (Mateo 24:22). Estas palabras de Jesucristo son dirigidas primordialmente a los 144.000 testigos judíos que predicarán el evangelio del reino durante este tiempo (Apocalipsis 7:1-8). Claro, el Señor Jesucristo también desea que nosotros perseveremos en sus caminos hoy día, pero, como hemos visto, nuestra salvación es un “don de Dios” y no depende de nuestra perseverancia.

Como humanos nos es difícil descansar plenamente en lo que Cristo ha hecho por nosotros. De alguna forma queremos contribuir con nuestros esfuerzos, ya sea para

salvarnos o para mantenernos salvos. Aun en los primeros tiempos de la Iglesia, encontramos creyentes que tenían esta incertidumbre en cuanto a su salvación. El apóstol Juan les escribe una carta para ayudarles. Primero les explica en forma sencilla quiénes tienen vida eterna. Les escribe en 1 Juan 5:12, 13: “El que tiene al Hijo (es decir, a Jesucristo en su corazón), TIENE la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” Luego, en el versículo siguiente les aclara: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que SEPÁIS que tenéis vida eterna.” Cristo nos salva y quiere que sepamos con certeza que somos salvos. Cristo desea que desde ahora mismo gocemos con certidumbre del hecho que pasaremos la eternidad con Él. ¿Has recibido al Señor Jesucristo como explicamos en la lección anterior? Entonces tienes al Hijo. Y el que tiene al Hijo tiene vida eterna. Cree y descansa sobre esta promesa.

Si deseas saber qué sucede cuando un creyente se aparta, puedes estudiar el Apéndice 1, al final de estos estudios.

2. ¿Qué ocurre cuando pecamos?

Dios no quiere que un creyente peque, y es verdaderamente lamentable que suceda. Cuando como creyentes cometemos un pecado, la comunión o armonía que gozamos con Dios se rompe. Lo que debemos hacer inmediatamente es CONFESAR ese pecado (decírselo a Dios con corazón arrepentido). Dios promete que “si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). En esta forma es restaurada nuestra comunión o amistad con el Señor.

Podemos comparar esto con la relación matrimonial. Hace unos años mi esposa y yo nos casamos. Desde ese día ella y yo vivimos felices. Pero se presenta la ocasión cuando me comporto con ella como no debo. Pierdo la paciencia y levanto mi voz. En ese momento siento que la armonía de la cual hemos gozado es interrumpida. Ella no me sonrío, nos sentimos mal. ¿Qué debemos hacer para corregir la situación? ¿Habrá necesidad de volvernos a casar? ¡No! Seguimos siendo esposo y esposa. El problema es que no estamos gozando de esa relación. Lo que tengo que hacer es reconocer mi culpa y confesar a mi esposa mi mal proceder. Esto restaura la armonía en mi hogar. Cuando peco contra mi Señor, también pierdo el gozo de ser un hijo de Dios. ¿Debo volver a recibir a Cristo en mi corazón? ¡No! Sigo siendo un hijo de Dios. He perdido el gozo de mi salvación, y no la salvación. Lo que debo hacer es reconocer mi pecado y confesárselo al Señor.

3. Errores comunes con respecto al bautismo

(1) “Me quiero bautizar para estar más seguro de mi salvación”. El bautismo no es una condición para ser salvo. Tampoco le añade seguridad a nuestra salvación. Si tienes dudas antes de ser bautizado, las tendrás después de ser bautizado. Nuestra salvación descansa completamente en la obra de Cristo por nosotros. Las dudas desaparecen y la confianza renace cuando empezamos a descansar sobre las promesas de Dios.

(2) “Me quiero bautizar para recibir el Espíritu Santo”. El cristiano recibe el Espíritu Santo en el momento de su conversión. “Habiendo creído en Él (Jesucristo), fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13). Es imposible que un verdadero cristiano no tenga el Espíritu Santo. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él” (Rom. 8:9).

(3) “Me quiero bautizar para sentirme más cerca del Señor”. El bautismo es sencillamente un paso de obediencia al Señor. No debemos atribuirle al bautismo un poder

que las Escrituras no nos muestran. El bautismo trae consigo gozo (Hechos 8:39). Siempre hay gozo cuando decidimos obedecer al Señor.

(4) “Me quiero bautizar para no tener tantas tentaciones”. La Biblia nos dice todo lo contrario: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Puesto que nuestra lucha no es contra “sangre y carne”, es decir, no es contra seres humanos, sino contra Satanás y sus huestes, podemos decir que después del bautismo puede venir mayor persecución de parte de Satanás. Recordemos que aun nuestro Señor Jesucristo fue tentado furiosamente. Dios no nos ha prometido que si somos cristianos obedientes seremos menos tentados, pero sí promete darnos “la salida” (1 Corintios 10:13). Además, el Señor le dijo a Pablo, y nos dice a nosotros: “Bástrate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9). No debemos temer. Podemos confiar plenamente en Cristo y su socorro cuando damos un paso de obediencia.

(5) “Me quiero bautizar para hacerme miembro de una iglesia o denominación”. La única membresía que reconoce el Nuevo Testamento es la de ser miembro del Cuerpo de Cristo (la Iglesia Universal). Esto ocurre cuando tú y yo nos entregamos a Cristo. El bautismo, por lo tanto, no nos hace miembros del Cuerpo de Cristo porque ya somos miembros. El bautismo tampoco nos hace miembros de una denominación, porque la Biblia no reconoce las denominaciones. Sin embargo, al ser bautizado, el creyente se identifica públicamente como seguidor de Cristo, y por tanto, se asocia visiblemente con un grupo de creyentes.

En conclusión, el creyente se bautiza porque el Señor así lo manda, porque es un testimonio visible de nuestra profesión de cristianos. Pero nuestra seguridad, como ya hemos visto, proviene de la obra de Cristo por nosotros, una obra perfecta que no puede ser mejorada ni complementada.

Una pregunta personal

Esta lección nos ha llevado a pensar en el fundamento de nuestra fe. ¿Ya has recibido a Cristo pero aún dudas de tu salvación? Memoriza 1 Juan 5:12: “El que tiene al Hijo, TIENE la vida”. Cree esta promesa de Dios con todo tu corazón. Descansa en la fiel Palabra de Dios.

Lección 4

¿Qué instrucciones dejó el Señor Jesús en cuanto al bautismo?

Después de su muerte y resurrección, momentos antes de partir de este mundo, el Señor Jesucristo dio a sus discípulos instrucciones sobre el bautismo. “Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” (Mateo 28:18-20). Las instrucciones del Señor son mandamientos y no sugerencias, y llevan consigo la autoridad

de Él mismo. En esta lección miraremos las instrucciones de Jesús sobre el bautismo:

1. El bautismo es sólo para creyentes.
2. “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.
3. El Señor Jesús espera que todo cristiano se bautice.

1. El bautismo es sólo para creyentes

El Señor Jesús comienza diciéndoles que deben hacer discípulos, es decir, “que se predicase en su nombre (el nombre de Cristo) el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones.” (Lucas 24:47). Toda otra enseñanza debe considerarse secundaria al mensaje de la salvación. Primero tiene que venir la conversión. Con el nuevo nacimiento empieza una nueva vida. La Palabra de Dios contiene muchas instrucciones sobre cómo vivir esta nueva vida. Una de ellas es el bautismo. Por lo tanto, NO se debe bautizar a una persona antes de la conversión. El bautismo cristiano es sólo para los discípulos de Jesucristo.

Los cristianos en el Nuevo Testamento entendían esto y por eso sólo bautizaban a los que creían. “Así que los que recibieron su Palabra fueron bautizados” (Hechos 2:41). Felipe predicó en Samaria, y “cuándo creían... se bautizaban hombres y mujeres” (Hechos 8:12).

Luego evangelizó al etíope, a quien, después de creer, también bautizó (Hechos 8:36-39). Ananías bautizó a Saulo después de convertirse (Hechos 9:17, 18). Pedro mandó a bautizar al primer grupo de gentiles después de que se convirtieron en cristianos (Hechos 10:46-48). Leemos que “muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18:8).

¿Debemos bautizar a nuestros bebés o niños?

Cuando un niño sea suficientemente maduro para creer y entregarse al Señor de todo corazón, puede ser bautizado. En el Nuevo Testamento encontramos cinco casos donde una familia completa se entregaba al Señor: Cornelio y su casa (Hechos 10:44-48 y Hechos 11:12-18), Lidia y su familia (Hechos 16:14, 15), el carcelero de Filipos y su casa (Hechos 16:30-34), Crispo y su casa (Hechos 18:8) y la familia de Estéfanos (1 Corintios 1:16). Tomando los cinco casos juntos, podemos concluir que en todos los casos:

- (1) Escucharon el mensaje
- (2) Se arrepintieron y creyeron en Cristo
- (3) Recibieron el Espíritu Santo
- (4) Fueron bautizados

Cada uno de los miembros de estas ‘casas’ o familias tuvo edad suficiente para hacer estas cosas cabalmente.

Entonces, ¿qué hago con mi nuevo bebé?

Notamos que María y José presentaron al niño Jesús en el templo conforme a la ley de Moisés (Lucas 2:22). Muchos años después leemos de aquellos que trajeron sus niños al Señor Jesucristo para que Él pusiera sus manos encima y orase por ellos (Mateo 19:13). Como iglesia local podemos pedir la bendición de Dios sobre el bebé, y sabiduría para los

padres, con el fin de que puedan instruir al niño en los caminos del Señor. Cuando el niño crezca, él mismo podrá tomar una decisión responsable y voluntaria. Puedes estudiar el Apéndice 2 si te preocupa lo que sucede con un bebé que muere sin ser bautizado.

En todo caso, al considerar el bautismo de un niño, o de un adolescente, es sabio esperar un tiempo prudencial, con el fin de comprobar que tiene cierto grado de madurez y que en él pueden verse algunos frutos de la nueva vida (Mateo 7:17-21). Así, el paso del bautismo tendrá sentido, pues será tomado a conciencia. “No impongas con ligereza las manos a ninguno” (1 Timoteo 5:22).

2. “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”

El Señor Jesucristo fue quien pronunció esta frase con relación al bautismo (Mateo 28:19). Cuando el creyente se bautiza se identifica con el Dios de la Biblia, el único y sabio Dios, quien se ha dado a conocer en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es interesante que el Señor usara esta expresión al hablar del bautismo de los gentiles (es decir, los no judíos). Muchos de estos pueblos estaban sumidos en la idolatría, y desconocían por completo al Dios verdadero, el cual se ha manifestado en tres personas distintas. Tres personas en un solo Dios verdadero. TRI (=tres) + UNIDAD. De allí la palabra descriptiva TRINIDAD. En el Apéndice 5 puedes estudiar cómo la doctrina de la Trinidad emana de las Sagradas Escrituras.

Observamos, por ejemplo, que las tres personas de la Deidad estaban actuando en el bautismo de Jesús, realizado por Juan el Bautista (Mateo 3:15-17). Jesús (el HIJO) fue bautizado en el agua. el ESPÍRITU SANTO descendió sobre Jesús como paloma. Y el PADRE habló desde el cielo, diciendo “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”

Es de notar que tanto el Padre, como el Hijo y el Espíritu Santo, están involucrados en el proceso de nuestra salvación. Es Dios PADRE quien nos amó, tomó la iniciativa y envió a su Hijo al mundo (Juan 3:16). EL HIJO Jesucristo cargó con nuestros pecados en la cruz (1 Pedro 2:24). Y el ESPÍRITU SANTO fue el que nos convenció de nuestro pecado, que necesitábamos a Cristo, y luego nos hizo nacer de nuevo (Juan 16:7-11, 13; Tito 3:5). Quizás por esta razón Jesucristo nos manda bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (no dice: “En los nombres” sino “en el nombre”, pues es un solo Dios, manifestado en tres personas).

3. El Señor Jesús espera que todo cristiano se bautice

Se entiende en el mandato de Cristo que todo nuevo cristiano debe ser bautizado seguidamente. Es un paso muy normal para todo creyente. El mensaje del evangelio incluye enseñanza sobre el bautismo, por lo tanto “los que recibieron su Palabra fueron bautizados” (Hechos 2:37, 38, 41). Como puedes notar, el bautismo de un nuevo creyente, según el modelo bíblico, seguía inmediatamente a la conversión. Parece evidente que los que eran bautizados entendían lo que estaban haciendo. Por esta razón, no es bíblico esperar largos períodos de tiempo antes que un creyente se haga bautizar.

El hecho de que el bautismo seguía inmediatamente a la conversión y simboliza aquella conversión, se refleja en la estrecha relación que encontramos entre el bautismo y la salvación en algunos versículos. Por ejemplo Marcos 16:15, 16: “Y les dijo [Jesús]: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será

salvo; mas el que no creyere será condenado.” Nótese que el que no cree es condenado. Al creer somos salvos (Hechos 16:30, 31). El nuevo creyente buscará ser bautizado tan pronto como sea posible después de creer. Los versículos de Marcos 16 y las demás Escrituras son claras al respecto: lo normal es que todo creyente sea bautizado.

Una pregunta personal

Tal vez tú has esperado ya por largo tiempo después de convertirte, sin bautizarte. Es quizás el momento de revisar delante del Señor ¿qué te ha impedido dar este paso de obediencia? Arréglalo con ayuda de Él, y bautízate. El bautismo es Su voluntad para ti.

Lección 5

El bautismo y el perdón de los pecados

Siguiendo con los aspectos básicos del bautismo, y considerando algunas confusiones que existen acerca del asunto, veremos en esta lección:

1. Existen diferentes clases de bautismos.
2. ¿Con qué son limpiados nuestros pecados?
3. Entonces, ¿qué significan Hechos 2:38, Hechos 22:16 y 1 Pedro 3:21?
4. ¿De cuáles pecados somos perdonados cuando nos convertimos?

1. Existen diferentes clases de bautismos

El estudiante serio y cuidadoso pronto se dará cuenta que la Palabra de Dios describe diferentes clases de bautismos. Es importante no confundir el bautismo cristiano con otros. Algunos de estos bautismos involucran el uso de agua, mientras que otros no.

El bautismo de Juan el Bautista:

Juan el Bautista comenzó su ministerio antes que el Señor Jesucristo. Su objetivo era el de preparar el camino del Señor (Lucas 3:4), es decir, preparar al pueblo para que estuviese en condiciones de recibir a Jesucristo, el Mesías prometido. Juan predicaba el “bautismo del arrepentimiento” y bautizaba en el río Jordán a aquellos que se mostraban arrepentidos, los que producían “frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3:3, 8). Es de esperar que el perdón de pecados, que predicaba, venía por el arrepentimiento, y era un perdón temporal como el que se obtenía por sacrificios de animales bajo la ley (Hebreos 10:4). Todas las personas que eran bautizadas por Juan, eran luego guiadas a Jesucristo, “el Cordero de Dios que QUITA el pecado del mundo”, (Juan 1:29). Al creer en Cristo para salvación, estas personas eran bautizadas nuevamente con el bautismo cristiano (Hechos 19:3-5).

El bautismo del Espíritu Santo:

Después de su muerte y resurrección, encontramos que Jesucristo les promete a sus discípulos que serían “bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:5). Este bautismo se cumplió unos días después, en la fiesta de Pentecostés, en el momento en el cual comenzó la Iglesia (Hechos 2). El alcance de este hecho histórico cobija

a todos los creyentes desde ese momento en adelante (Efesios 1:13). Por lo tanto, ahora todo creyente participa del bautismo del Espíritu Santo al convertirse, es decir, al entrar a formar parte del Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13). Si tienes inquietudes sobre el bautismo del Espíritu Santo estudia el Apéndice 3.

El bautismo cristiano (en agua):

Este es el bautismo instituido por el Señor Jesucristo y practicado por sus discípulos, como estudiamos en la lección anterior. Este es el bautismo en agua que Dios espera de todo cristiano. Es un acto simbólico que demuestra nuestra conversión, donde el nuevo discípulo es sumergido brevemente en agua, identificándose públicamente con la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo.

Otros bautismos:

Si miramos cuidadosamente, encontraremos aún más bautismos en el Nuevo Testamento. El bautismo de Jesucristo, efectuado por Juan el Bautista, fue un bautismo especial, pues Cristo no tenía pecado del que arrepentirse. Encontramos el “bautismo de fuego” (Mateo 3:11), que es un bautismo de juicio que aún no se ha cumplido, como lo explica el versículo que sigue (Mateo 3:12). También notamos que Jesús se refiere a su muerte como un bautismo (Lucas 12:50; Mateo 20:22).

2. ¿Con qué son limpiados nuestros pecados?

Existe la falsa idea que el bautismo cristiano es un instrumento para perdón o lavamiento de nuestros pecados. Aparentemente este error tiene su origen en la confusión del propósito de cada uno de los diferentes bautismos. El cristiano se bautiza porque YA HA SIDO PERDONADO.

Bajo la ley, Dios le exigía a los judíos la sangre de una víctima sacrificada cuando pecaban. Esto, con el fin de recordarles que “la paga del pecado es muerte”, y prepararles para el sacrificio supremo del Hijo de Dios “ofrecido una vez para siempre... por los pecados” (Hebreos 10:12). La Palabra de Dios es muy clara en este punto: es la sangre de nuestro Señor Jesucristo lo que nos limpia de nuestros pecados y no el bautismo. Miremos 1 Juan 1:7 “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” y Apocalipsis 1:5: “Jesucristo... nos lavó de nuestros pecados con su sangre”.

3. Entonces, ¿qué significan Hechos 2:38, Hechos 22:16 y 1 Pedro 3:21?

Estos versículos son tratados ampliamente en el Apéndice 4. Nos limitaremos aquí a explicarlos brevemente.

Hechos 2:38: Ya hemos visto como en el tiempo de los Hechos los creyentes se hacían bautizar inmediatamente. En este versículo, Pedro está exhortando a sus oyentes a dar dos pasos que, para ellos, serían simultáneos:

- (1) arrepentimiento sincero (como primera e indispensable condición), y
- (2) bautismo cristiano.

Tomando estos dos pasos al mismo tiempo, mostrarían públicamente su identificación con Cristo como Salvador. Esto conllevaría dos consecuencias:

- (1) el perdón de pecados, y
- (2) el don del Espíritu Santo.

Hechos 22:16: Ananías le dijo a Saulo: “Ahora, pues ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando Su nombre”. La conversión, o cambio interior de Saulo, ocurrió momentos después de caer al suelo en su viaje a Damasco, cuando tuvo un encuentro personal con Cristo (Hechos 9:4-6). Por lo tanto, cuando Ananías le visita unos días después, lo saluda diciéndole: “Hermano Saulo” (9:17). Es evidente entonces que Saulo ya había creído y, por lo tanto, ya había recibido su perdón antes de ser bautizado. Al visitarle, Ananías lo anima a que inmediatamente se bautice, demostrando su arrepentimiento, perdón y salvación, e identificándose públicamente con Jesucristo.

1 Pedro 3:21: Este versículo menciona la salvación del diluvio, de la cual gozaron Noé y su familia, y la relaciona con el bautismo cristiano. Pero notemos que aquí el diluvio simboliza el bautismo, y el bautismo simboliza la salvación. El apóstol nos deja muy en claro que la ceremonia exterior del bautismo no nos quita “las inmundicias de la carne” (es decir, los pecados), pero sí demuestra el deseo que tiene el bautizado de andar bien delante de Dios (Romanos 6:4).

4. ¿De cuáles pecados somos perdonados cuando nos convertimos?

Cuando nos convertimos, reconocemos y admitimos que Cristo cargó con nuestros pecados en la cruz, que, con su sangre, Cristo nos limpió de nuestros pecados. La pregunta es ¿de cuáles pecados nos limpió? ¿Será que Cristo sólo nos perdonó los pecados cometidos antes de nuestra conversión? Si este fuera el caso, ¿qué perdón reciben los pecados de hoy y de mañana? ¿Será que Cristo sólo nos perdona los pecados que le confesamos? Si este fuera el caso, ¿qué perdón reciben los pecados que no podemos recordar? La hermosa realidad es que: “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de TODO pecado” (1 Juan 1:7).

Pensemos en esto detenidamente. Cristo cargó con TODOS nuestros pecados. Esto incluye los pecados que cometimos antes de entregarnos a Cristo, los pecados que hemos cometido desde entonces (ya sea que los recordemos o no, ya sea que los hayamos confesado o no), y ¡todos los pecados que vayamos cometiendo! Escuchemos al apóstol Juan hablando: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre a Jesucristo el justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 2:1, 2). Esto quiere decir que todo el perdón que necesitamos en el futuro está asegurado por el mismo sacrificio del Cordero de Dios. Cada nuevo pecado, desencadenará una defensa de parte del Divino Abogado, con base en Su perfecta obra cumplida en la cruz. ¡Alabado sea por siempre!

Cuando pecamos como creyentes, sí perdemos el gozo de nuestra salvación. Así que a diario necesito la limpieza para poder vivir en armonía con mi Señor. Jesucristo se refirió a esto como “lavarse los pies” espiritualmente (Juan 13:5-10). Esta limpieza viene a través del estudio de la Palabra de Dios y a través de la confesión: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Nota que debemos confesar a Dios nuestros pecados, esto es, decirle con profunda humillación y dolor cada pecado que recordemos. Las exhortaciones de Santiago 4:8-10 pueden sernos muy útiles en este caso.

¿Qué sucede entonces cuando he confesado con todo mi corazón un pecado que

cometí? 1 Juan 1:9 nos sigue diciendo que “Dios es fiel y justo” (es decir, reconoce siempre la obra de su Hijo por mis pecados). Después nos dice: “para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Tenemos, entonces, la plena certeza del perdón de Dios. No es necesario hacer penitencia, ni ninguna otra cosa para ganar el perdón de Dios. Debemos más bien agradecerle por Su perdón inmediato y sin rencores.

Una pregunta personal

¿Estás permitiendo que la Palabra de Dios limpie tu forma de vivir? ¿Hay algún pecado que guardas sin confesar? Si es así, ¿qué estás esperando para confesarlo?

Lección 6

¿Qué simboliza el bautismo cristiano?

(1) Identificación con Cristo en su muerte y resurrección

En los evangelios encontramos el mandato del bautismo cristiano y en el libro de los Hechos ejemplos de su práctica. Para entender el significado del bautismo necesitamos buscar en el resto del Nuevo Testamento, y especialmente en las epístolas. El bautismo es “un paso de obediencia”, porque el creyente que pide ser bautizado, está demostrando amor al Señor y obediencia a su Palabra. Pero ¿por qué habrá inventado Cristo esta práctica de meternos al agua? ¿No habría una forma más sencilla de demostrar nuestro amor y obediencia al Señor?

El Antiguo Testamento contiene un buen número de actos simbólicos o pequeños ‘dramas’ para ilustrar verdades espirituales. Entre ellos encontramos la celebración de la Pascua y otras fiestas, la circuncisión de todo varón judío, los lavamientos y sacrificios de los sacerdotes de Israel, y muchos más. El Nuevo Testamento se refiere a estas actividades visibles como “sombras” de realidades espirituales (Hebreos 10:1). En el Nuevo Testamento también encontramos unos cuantos actos simbólicos, y debemos tomarlos con la misma seriedad. El bautismo es uno de ellos. Es un pequeño ‘drama’ que el Señor pide a todo cristiano hacer UNA SOLA VEZ después de creer, pues ilustra algo que ocurrió en el momento de su conversión.

En el momento de la conversión, una variedad de cosas ocurren: en ese momento nuestros pecados son perdonados, somos declarados justos, nacemos de nuevo, recibimos al Espíritu Santo, somos hechos hijos de Dios, entramos a formar parte del Cuerpo de Cristo (la Iglesia) y mucho más. La forma de ejecutar el bautismo cristiano ha sido escogido por Dios para representar o “dramatizar” esencialmente DOS de estos cambios. Estos son:

- (1) Nuestra identificación con Cristo en su muerte y resurrección, y
- (2) El fin del viejo hombre y el comienzo de la nueva vida.

El primero de estos, representa un cambio en nuestra POSICIÓN ante los ojos de Dios, de Satanás y de las huestes espirituales. Estudiaremos nuestra posición en Cristo en esta lección. El segundo aspecto representa un cambio en nuestra CONDICIÓN INTERNA. Este cambio lo estudiaremos con más detalle en la próxima lección. Veamos enseguida:

1. ¿Qué significa estar “en Cristo”?
2. Muertos y sepultados con Cristo.
3. Resucitados con Cristo.

1. ¿Qué significa estar “en Cristo”

El pasaje más extenso y amplio sobre el significado del bautismo lo encontramos en Romanos 6:1-14. En el versículo 3, como también en Gálatas 3:27, se nos dice que hemos sido “bautizados en Cristo Jesús”. La expresión “en Cristo” ocurre muchas veces en el Nuevo Testamento, generalmente asociada con las muchas bendiciones que hemos adquirido como creyentes debido a nuestra “identificación con Cristo”.

Tomemos el ejemplo de un viaje en bus entre dos ciudades. Cuando el bus sale de la terminal de transportes, yo también salgo porque estoy “en el bus”. Cuando el bus cruza un puente, yo también cruzo el puente porque estoy “en el bus”. Si en una curva la dirección falla y el bus se desploma por una peña abajo, yo también sufro las consecuencias porque estoy “en el bus”. Si el bus llega a tiempo, yo también llego a tiempo. Sencillamente por tener una POSICIÓN dentro del bus, lo que le pasa al bus me afecta a mí.

Similarmente, al convertirnos, Dios nos da automáticamente una POSICIÓN “en Cristo”. Como todo creyente está “en Cristo”, y Cristo es santo, Dios Padre nos ve a nosotros como santos, nos llama santos (1 Corintios 1:2) y, por lo tanto, nos asegura que “ninguna condenación hay para los que están **en** Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Como todo creyente está “en Cristo” y Cristo es uno solo, Dios Padre nos ve a nosotros como un solo cuerpo, “así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo **en** Cristo” (Romanos 12:5). Dios no reconoce las denominaciones o agrupaciones humanas. Similarmente, como todo creyente está “en Cristo”, y Cristo recibió el castigo por el pecado al morir en la cruz, entonces, nuestra deuda con Dios Padre quedó completamente pagada, “os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

Cuando un creyente se bautiza, está dando testimonio público que está “en Cristo”. Está “dramatizando” su plena identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección: que cuando Cristo murió y resucitó, él también murió y resucitó, porque él está “en Cristo”.

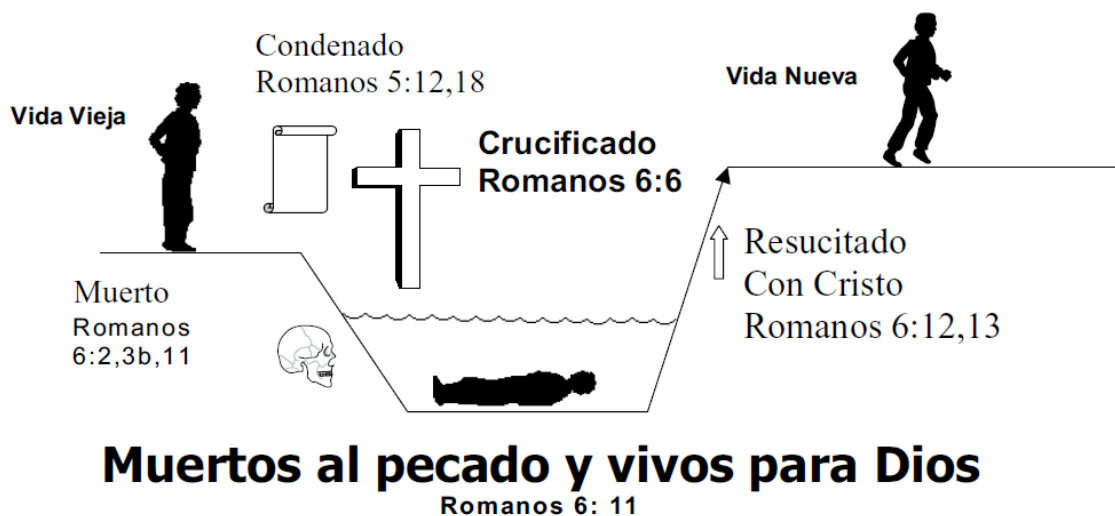
2. Muertos y sepultados con Cristo

Este es uno de los maravillosos decretos de Dios. Cuando creemos en el Señor Jesucristo, Dios nos considera como “crucificados con Cristo” (Gálatas 2:20), como “sepultados con Él” (Colosenses 2:12), y como “plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte” (Romanos 6:5). Es decir, al nuevo creyente, Dios lo cuenta como crucificado y muerto en la crucifixión y muerte del Señor Jesús. El Señor sufrió en lugar del pecador que ha creído en su nombre. Este glorioso hecho es simbolizado en el bautismo al sumergir a la persona en el agua. Es “sepultada” momentáneamente, mostrando que su muerte ya ocurrió en la muerte de Cristo.

DIAGRAMA 1

El Bautismo:

La confesión pública de lo que pasó cuando recibí a Cristo como Salvador



El día en que un hombre muere, una variedad de cosas ocurren. Por ejemplo, si es casado, al morir, su esposa queda libre para casarse con otro. Si tiene una finca, al morir deja de ser suya y pasa a ser de sus herederos. Similarmente, el haber muerto con Cristo trae consigo una variedad de consecuencias. Entre ellas:

(1) Quedamos sin deuda: Al estar “muerto” en Él, el creyente “ha sido justificado del pecado” (Romanos 6:7), es decir, Cristo pagó todo el precio de todos sus pecados. ¡Qué maravillosa consecuencia! ¡Toda la deuda ha sido pagada! ¿Quién vendrá a acusarnos o a cobrarnos? ¡Estamos libres!

(2) Quedamos libres de la ley: “La ley se enseñorea del hombre, entretanto que éste vive... Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo” (Romanos 7:1,4). ¡Ésta es otra consecuencia maravillosa! ¡Libres de la ley! Las leyes descritas en el Antiguo Testamento, junto con sus castigos, no tienen poder alguno sobre los muertos, y en Cristo el creyente ha muerto. Nuestra nueva POSICIÓN en Cristo, nos libera de las tremendas demandas de la ley. En verdad que no se le ha escapado ningún detalle a nuestro Dios y Padre, ¡sea bendito para siempre! Como cristianos, buscamos obedecer y agradecer al Señor porque le amamos y no porque estamos bajo las leyes dadas por Moisés al pueblo judío. Debemos conservar firmemente esta libertad que tenemos “en Cristo” y cuidarnos de no volvernos a “esclavizar” (Gálatas 4:9) con reglas que Dios nunca diseñó para el cristiano.

3. Resucitados con Cristo

Cuando somos bautizados, primero somos sumergidos en el agua, como una representación que hemos muerto con Cristo y hemos sido sepultados con Él. En seguida somos sacados del agua, en semejanza de la resurrección del Señor, para mostrar que en el momento de recibirlo como Salvador, también resucitamos con Él (Efesios 2:6). Ver diagrama 1.

El Señor ha dado muchas instrucciones para aquellos que hemos “resucitado” con Cristo. El haber muerto, nos libra de la ley y de nuestra deuda de pecado, como ya hemos

visto. El haber resucitado, nos introduce a una nueva vida. Entonces, ¿qué dice el Señor a los “resucitados”?

(1) “Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:1-3). Dicho de otra manera, el resucitado debe vivir de acuerdo con su nueva POSICIÓN. “Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Efesios 4:1, 2). Así como un nuevo presidente debe comportarse de acuerdo a su POSICIÓN como presidente, así también nosotros los creyentes debemos comportarnos de acuerdo a nuestra nueva POSICIÓN. Nuestras acciones deben ser hechas con proyección a la eternidad, atesorando en los cielos más bien que en la tierra.

(2) Ya no hay necesidad de temer a Satanás ni a sus huestes, pues son enemigos derrotados. Con su resurrección, Jesucristo derrotó definitivamente a Satanás y a sus huestes. Como creyentes compartimos esta victoria de Cristo. Satanás sabe muy bien que el creyente está firmemente asegurado en el equipo ganador. ¿Temes a Satanás y su mala influencia? Recuerda tu POSICIÓN. Estás “en Cristo”. Después de su resurrección, Cristo dijo: “Toda potestad (autoridad o poder) me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Debemos ser sobrios y velar porque Satanás busca la caída del creyente descuidado (1 Pedro 5:8), pero nunca debemos “temer” a Satanás.

Una pregunta personal

¿Estás gozando de la seguridad de estar “en Cristo”? ¿Vives una vida digna de esta posición tan especial? ¿Con cuánto empeño estás buscando las cosas de arriba?

Lección 7

¿Qué simboliza el bautismo cristiano?

(2) El fin del viejo hombre y el comienzo de la nueva vida

En la lección anterior, estudiamos el primer significado simbólico del bautismo: demostrar que el creyente ha muerto y resucitado con Cristo, que tiene una nueva POSICIÓN ante los ojos de Dios y de Satanás. En esta lección estudiaremos el segundo significado simbólico del bautismo cristiano: Mostrar que su “viejo hombre” ha muerto y que ahora es una “nueva criatura”. Este cambio en nuestra **CONDICIÓN INTERNA** lo consideraremos de la siguiente manera:

1. ¿Cómo es el “Viejo Hombre”?
2. ¿Cómo es el “Nuevo Hombre”?
3. La lucha entre las dos naturalezas.
4. Hay que vivir la nueva vida.

1. ¿Cómo es el “viejo hombre”?

Las Escrituras llaman “viejo hombre” a la naturaleza pecaminosa que heredamos de

Adán. También se le da el nombre de “la carne” y a veces sencillamente se le llama “pecado”. Esta es la que produce en nosotros los pecados, las maldades, las transgresiones. La Biblia lo compara con un árbol malo, el cual sólo da frutos malos. Así nuestro “viejo hombre” sólo produce pecados, no puede producir nada de provecho. Lo más bonito que el “viejo hombre” puede producir luce como “trapo de inmundicia” a los ojos de Dios (Isaías 64:6).

El “viejo hombre... está viciado (corrompido) conforme a los deseos engañosos” (Efesios 4:22). No puede hacer nada bueno, sólo produce maldad. Ni siquiera cambia cuando la persona recibe al Señor Jesús. En ese momento el “viejo hombre” pierde su dominio sobre esa vida, pero sigue igual de pervertido. Aunque el “viejo hombre” acompañará al creyente hasta el regreso del Señor, no debemos dejar que domine en nuestra vida.

Para Dios esta naturaleza perversa ya murió, ya fue juzgada definitivamente, ya tuvo el tratamiento que merecía: ser castigada y condenada. ¿Cuándo? En la cruz del Señor Jesucristo, donde “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido” (Romanos 6:6).

Esta naturaleza perversa no ha dejado de existir en nosotros. Aún puede influir en nuestras vidas. Pero el “viejo hombre” no tiene más autoridad sobre el creyente (Romanos 6:14). Por esta razón el cristiano no tiene que ser esclavo de su pecado. En el Señor puede encontrar el poder para mantener crucificada a esta mala naturaleza. Debe tener claro que ya no es esclavo del pecado que antes le dominaba, sino esclavo de la justicia (Romanos 6:18). ¡Su victoria está asegurada en Cristo!

2. ¿Cómo es el “nuevo hombre”?

El “nuevo hombre” es “engendrado” de Dios (Juan 1:12, 13). Es la misma naturaleza de Dios implantada en nosotros a través de un nuevo ser. Es completamente nuevo y completamente divino (2 Pedro 1:4). Cuando una persona acepta al Señor Jesucristo como su Salvador y Señor, “nace otra vez”, pero no en una forma visible como la primera vez, sino en forma espiritual (Juan 3:5-8). La Palabra nos dice: “si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17).

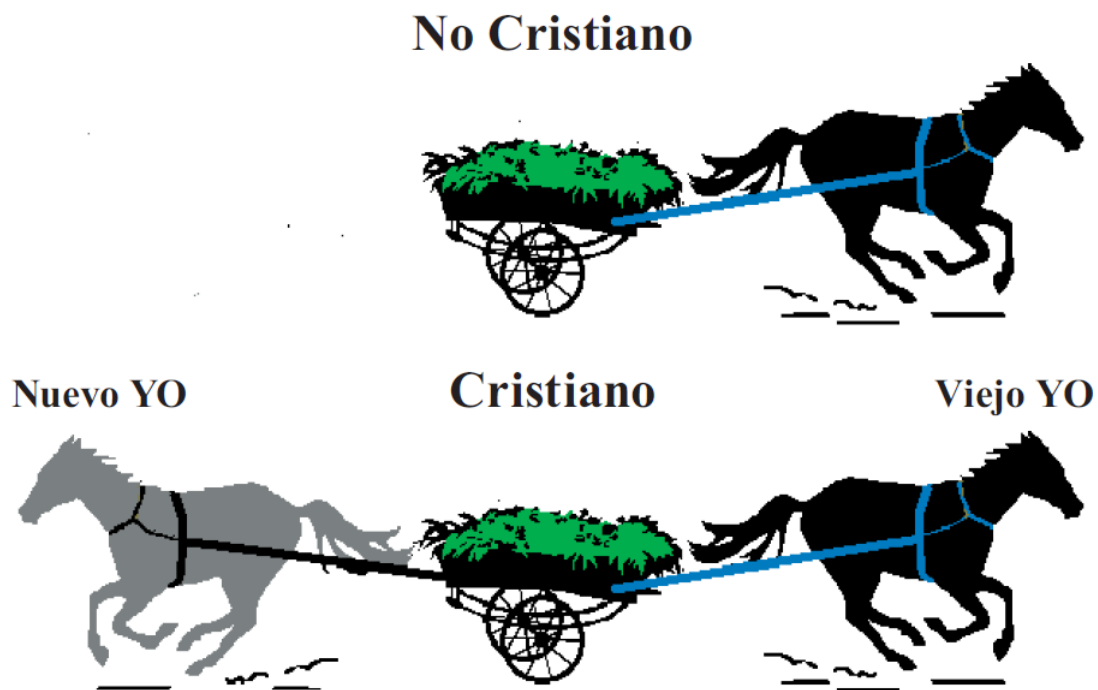
Esta verdad es tan extraordinaria que es fácil confundirla con otras cosas: Es cierto que recibimos al Espíritu Santo en el momento de nuestra conversión, pero el Espíritu Santo NO es el “nuevo hombre”. El Espíritu Santo es Dios: Él es quien engendra este nuevo ser (Juan 3:5). Algunos piensan que Dios nos quita el “viejo hombre” y lo reemplaza con el “nuevo hombre”, haciendo así imposible que el verdadero creyente llegue a pecar. Si esto pensamos, nos “engañamos a nosotros mismos” (1 Juan 1:8). Otros piensan que Dios transforma el “viejo hombre” gradualmente, convirtiéndolo en el “nuevo hombre”, pero la verdad es que ese “viejo hombre” que heredamos de Adán, y el “nuevo hombre” que recibimos de Cristo, existen juntamente durante toda nuestra vida de creyentes. Estos dos batallan continuamente entre sí.

El “nuevo hombre” es un nuevo ser de naturaleza divina, que nace en el momento de la conversión: un nuevo Alfonso, una nueva Lucía. Este “nuevo hombre” no practica el pecado, ni puede pecar, porque es nacido de Dios (1 Juan 3:9). Por lo tanto, este “nuevo hombre” vence al mundo (1 Juan 5:18). ¿No es esto maravilloso? Verdaderamente nuestro amante Padre nos ha dado en su Hijo mucho más de lo que nosotros imaginaríamos o pediríamos.

3. La lucha entre las dos naturalezas

Te estarás preguntando: Si soy una nueva criatura, ¿por qué peco? Si mi “nuevo hombre” no peca, ¿por qué a veces cedo ante la tentación? Romanos 7:22-25 nos revela que hay una lucha permanente entre el “hombre interior” (el mismo “nuevo hombre”) y “la carne” (el “viejo hombre”). Están en continua oposición el uno contra el otro. Y, efectivamente, esto se ve en el momento en que viene la tentación o la prueba: siento una fuerza que me empuja a caer y otra que me muestra que no debo ceder. El cristiano que vive de acuerdo a los deseos de su “nuevo hombre” se llama un cristiano “espiritual”, pero el que se deja dominar de su “viejo hombre” la Biblia lo llama un cristiano “carnal” (1 Corintios 3:1-3). Entonces queda la pregunta ¿qué puedo hacer para triunfar sobre la carne?

DIAGRAMA 2



Comparemos nuestra vida con una carretilla y nuestro “viejo hombre” con un caballo que mueve esta carretilla. Desde nuestra niñez, nuestro “viejo hombre” determina el movimiento y la dirección de nuestra vida (ver diagrama 2). Al entregarnos a Cristo, recibimos de Dios el “nuevo hombre”. Es como si otro caballo fuera conectado a nuestra carretilla. Ahora tenemos dos caballos tirando de una carretilla, pero en direcciones opuestas. ¿En qué dirección se moverá la carretilla? La respuesta es lógica: depende de cuál de los caballos es más fuerte. Si tu “viejo hombre” es más fuerte, tu carretilla se moverá en esa dirección. Tu forma de vivir se parecerá mucho a la de un inconverso. Cuando el “nuevo caballo” está tirando de la carretilla en su dirección, esto se reflejará necesariamente en nuevos deseos, nuevas ambiciones, nuevas prioridades, nuevas formas de ver la vida, nuevas formas de ver el pecado, nuevas metas. Es decir, una nueva manera de vivir. No una FACHADA cristiana, sino una VIDA cristiana.

Nos gustaría deshacernos definitivamente del caballo viejo. Pero esta tendencia pecaminosa estará con nosotros durante toda esta vida. Cuando el Señor venga para

arrebatarse a los creyentes, nos liberará de esta funesta naturaleza. ¡Qué feliz será entonces nuestra existencia en los cielos con nuestro Señor! Pero mientras tanto, sigue la lucha. Para vivir victoriosamente, varias cosas te son necesarias:

(1) Alimenta tu nueva naturaleza: El caballo viejo se alimenta y se fortalece con cualquier basura. Si miras una mala revista o película, tu “viejo hombre” se fortalece. Las malas conversaciones y amistades, las visitas a lugares que no convienen, las ambiciones materiales, muchas telenovelas y canciones del mundo, todo ello alimenta y fortalece también a nuestro “viejo hombre”. Este mundo está lleno de cosas que alimentan al caballo viejo. Por eso debemos andar con tanto cuidado. ¡No le proveamos alimento a la carne! (Romanos 13:14). El caballo nuevo, en cambio, es completamente diferente. Esta nueva naturaleza se alimenta de las cosas del Espíritu, se nutre de la Palabra de Dios, del conocimiento del Señor Jesucristo, de la comunión con Dios.

De ahí la importancia de integrarse en una sana asamblea (iglesia local), de leer la Palabra todos los días, de meditar en ella, de memorizar versículos, de estudiarla con seriedad, tal como lo estás haciendo con este curso. Cultivar buenas amistades con otros creyentes sinceros, también alimenta y estimula a la nueva naturaleza (2 Timoteo 2:22). Si le damos abundante ‘comida’ estará fortalecida para la lucha contra el “viejo hombre”. Esta lucha entre las dos naturalezas es continua, y la gana la más fuerte de las dos. ¿Con qué seriedad estás alimentando tu nueva naturaleza?

(2) Pide ayuda al Señor: En el momento de la lucha, cuando sentimos la tremenda fuerza de la tentación, no podemos depender de nuestra propia fuerza y astucia. Dirijamos al Señor un sencillo “Señor, ¡ayúdame a hacer lo que debo!”. “Fiel es Dios que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir” (1 Corintios 10:13).

(3) Huye de la tentación: Debemos alejarnos de aquello que nos está provocando a pecar. “Huid de la fornicación” (1 Corintios 6:18), “Huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14). “Oh hombre de Dios, huye de estas cosas [la avaricia, el amor al dinero, el materialismo]” (1 Timoteo 6:8-11), “Huye también de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22). Es cierto que debemos “resistir al diablo”, pero no debemos resistir la tentación, sino huir de su presencia.

4. Hay que vivir la nueva vida

El nuevo nacimiento marca el comienzo de una nueva vida. Con el bautismo “dramatizamos” el hecho que el “viejo hombre” ya no gobierna, que hemos nacido de nuevo, que hemos recibido de Dios un “nuevo hombre”. ¡Ahora nos corresponde vivir esta nueva vida! En la Biblia encontramos unas sanas pautas:

(1) No busques ser popular en el mundo: El mundo sin Cristo está dominado por “viejos hombres”. Para ser popular en este mundo, hay que negar los principios de Dios y dejarse dominar por el “viejo hombre”. El apóstol Pablo expresa su sentir al respecto: “Nuestro Señor Jesús, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). Recuerda que fue el mundo el que rechazó y crucificó a nuestro Señor Jesús. No trates de imitar al mundo. Tampoco trates de ser popular en él (Lucas 6:26). Ya no perteneces allí (Juan 17:14-16).

(2) Busca darle libertad de acción a tu nueva naturaleza: Dios no nos llama a ser hipócritas ni a vivir lo que no somos. ¡Todo lo contrario! Nos llama a vivir lo que somos, a despojarnos del viejo hombre con sus hechos, y revestirnos del nuevo (Colosenses 3:9, 10).

Es decir, no actuar más como actuábamos antes de ser libres, sino que cada vez más sea la nueva naturaleza la que domine nuestras acciones, pensamientos y palabras.

(3) Sirve a tu nuevo Dueño con amor y sacrificio: Antes usábamos nuestras capacidades y recursos para hacer lo que le agrada al “viejo hombre”. Ahora “presentad vuestros miembros para servir a la justicia” (Romanos 6:19). Esto significa, obedecer a un nuevo dueño. Antes, servíamos al pecado y a Satanás con toda fidelidad. Ahora, con mayor anhelo y entrega debemos servir al Señor con nuestros miembros, nuestra mente, nuestra profesión, nuestra familia, nuestro tiempo, nuestros bienes. Sirvámosle con todo lo que somos y tenemos.

(4) No mires con liviandad al pecado: La Palabra nos enseña en Gálatas 6:8 a no sembrar para la carne (“viejo hombre”). Sí sabes que algo no te conviene, ¡apártate de ello! ¡Sé radical! Sembrar para la carne, dedicar tiempo a las cosas pecaminosas y disfrutarlas, fortalecerá el “viejo hombre”, dominará tu manera de vivir, y traerá una cosecha amarga. Ocuparte del Espíritu, de las cosas celestiales, del Señor Jesús, de su Palabra y de la oración, es “vida y paz” (Romanos 8:6). Esta es la vida que el Señor diseñó para los suyos y la única manera de tener verdadera felicidad.

(5) Busca la dirección del Espíritu Santo: En Romanos 8:14 leemos que el cristiano debe ser guiado por el Espíritu Santo. En otras palabras, debemos buscar la dirección del Espíritu de Dios en todas nuestras decisiones.

Una pregunta personal

¿Existe una tentación ante la cual caes regularmente? ¿Qué vas a hacer la próxima vez que seas tentado? ¿Toleras en tu vida amistades o prácticas que alimentan tu vieja naturaleza? ¿Buscas ser aceptado en el mundo?

Lección 8

¿Qué compromisos adquiero al ser bautizado?

La mayoría de nosotros tenemos miedo a los compromisos. Preferimos vivir una vida libre, sin ataduras, sin obligaciones. No queremos que otro controle nuestra vida. ¿Será que con el bautismo adquiero nuevos compromisos? Hay quienes no se bautizan para no verse obligados a obedecer al Señor. ¿Es correcta esta forma de pensar? Evidentemente no. En esta lección estudiaremos:

1. La relación entre privilegio y compromiso.
2. ¿Qué compromisos adquiero cuando me bautizo?
3. ¿Qué compromisos adquiriré cuando recibí al Señor?
4. ¿Con quién adquiero estos compromisos?

1. La relación entre privilegio y compromiso

Todo privilegio trae consigo algún compromiso. Para gozar de un buen empleo, necesariamente debemos ser cumplidos y puntuales. Para tener un hogar feliz, que funcione bien, tanto la esposa como el esposo deben cumplir con algunos compromisos. Tanto el

trabajador perezoso como el esposo despreocupado tienen compromisos. El problema es que no saben o no quieren reconocer sus compromisos.

Nuestra salvación es un privilegio incondicional. Depende, como hemos visto, de la obra redentora de Cristo por nosotros y no de nuestro comportamiento. Pero SÍ existen condiciones si queremos crecer, llevar fruto para Dios, y experimentar gozo y paz en la vida cristiana.

2. ¿Qué compromisos adquiero cuando me bautizo?

Piénsalo de la siguiente manera: ¿Cuándo adquiere el cristiano el compromiso de apartarse de las malas costumbres y de vivir una vida limpia? ¿En el momento de su conversión o cuando se bautiza? Claro, ¡en el momento de su conversión! ¿Cuándo adquiere el cristiano el compromiso de reunirse regularmente con otros creyentes? ¿En el momento de su conversión o cuando se bautiza? Claro, ¡en el momento de su conversión! ¿Cuándo adquiere el cristiano el compromiso de preocuparse por las necesidades de los demás? ¿En el momento de su conversión o cuando se bautiza? Claro ¡en el momento de su conversión! Esto es interesante. Nota que el cristiano adquiere TODOS sus compromisos en el momento de su conversión. Por lo tanto, ¡con el bautismo NO se adquieren NUEVOS compromisos!

Supongamos que Fernando quiere ser policía de tránsito. Comprar un pito no lo convierte en policía de tránsito, tampoco el hecho de pitar en la mitad del tráfico. No. Para ser policía de tránsito, Fernando tiene que firmar un contrato con el Ministerio de Transporte. En el momento de firmar el contrato, Fernando se convierte en un policía de tránsito y adquiere sus compromisos con el Ministerio de Transporte. Pero hasta que no se ponga el uniforme de policía, los chóferes de los automóviles no lo reconocerán como policía. Similarmente, Sandra no se convierte en cristiana por comprar una Biblia o por tratar de imitar un comportamiento cristiano. Ella tiene que entregar su vida a Jesucristo, como vimos en la Lección 2. El bautismo es como ponerse el uniforme. Sandra adquiere sus compromisos con Cristo en el momento de su conversión. Al bautizarse ella muestra públicamente que se ha entregado a Cristo.

3. ¿Qué compromisos adquirí cuando recibí al Señor?

Al bautizarnos NO adquirimos NUEVOS compromisos. Sencillamente los compromisos que adquirimos al rendirnos al Señor se hacen más visibles ante el mundo. Ahora reflexionaremos sobre algunos de estos compromisos:

(1) Obedecer la Palabra de Dios: Nuestro Padre Celestial nos guía a través de su Palabra. Por eso debemos separar el tiempo necesario para leerla y pensar en ella, para que “la palabra de Cristo more en abundancia” en nosotros (Colosenses 3:16). Si de veras amamos al Señor Jesucristo, buscaremos ser obedientes a su Palabra (Juan 14:21). Al ser creyentes obedientes creceremos en santidad y en buenas obras, y traeremos honra al nombre del Señor.

(2) Orar con frecuencia: Nuestro Padre Celestial se interesa en todos los detalles de la vida de sus hijos. Nos exhorta a que “por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” (Filipenses 4:6, 7).

(3) Reunirse con otros creyentes: El Cuerpo de Cristo (la Iglesia) no es una invención humana. Dios diseñó la vida cristiana para vivirla JUNTO con otros creyentes en la “asamblea” o “iglesia local”. Pablo exhortó a Timoteo: “huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2 Timoteo 2:22). En Hebreos 10:24 y 25 también se nos exhortan congregarnos para “estimularnos al amor y a las buenas obras”. Desde el momento de tu conversión debes hacerte el propósito de reunirte regularmente con otros creyentes para alabar a Dios, para recibir ayuda y para tratar de ayudar a otros. Reunirse regularmente requiere sacrificio. ¿Con cuánta devoción buscas reunirte? Recuerda, Cristo mismo promete estar presente donde “dos o tres” se congregan en su nombre (Mateo 18:20). Congregarse es parte fundamental de la nueva vida.

(4) Testificar a otras personas: La palabra “evangelio” quiere decir “buenas noticias”. Estas buenas noticias de perdón, salvación y de vida cristiana no son solamente para nosotros. Dios desea salvar y reconciliar al pecador, y ¡nos ha escogido a nosotros los creyentes para ser sus embajadores! (2 Corintios 5:18-20). El apóstol Pablo entendió la maravilla de este mensaje y escribe: “no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16). ¿Buscas la oportunidad de compartir tu fe en Cristo con tus familiares y conocidos? Dios ama a tus amistades y desea salvarles. Puedes usar la Lección 2 de este estudio para compartir el mensaje de la salvación con otras personas.

(5) Administrar bien los recursos que el Señor ha provisto: Al entregar nuestras vidas a Cristo, todo lo que tenemos debemos someterlo a su señorío (1 Crónicas 29:14). Como parte de esto, es normal que todo creyente separe parte de sus ingresos para ofrecérselos a Él. Encontramos en la Biblia que nuestro Padre desea que todo creyente ofrende de acuerdo a lo recibido durante la semana (1 Corintios 16:1, 2). Dios ama y bendice al que ha aprendido a dar con sacrificio, con gratitud y alegremente (2 Corintios 9:7).

Todos estos compromisos siguen vigentes después del bautismo. No es que se vuelven más serios después; siempre han sido serios. Sin embargo, el bautizado debe ser consciente de que el acto que realizó lo ha dado a conocer delante de muchas personas como cristiano, y que lleva por todas partes el nombre de Cristo. ¡Qué privilegio tan alto! Y ¡qué responsabilidad tan delicada!

4. ¿Con quién adquiero estos compromisos?

El cristiano adquiere sus compromisos con el Señor Jesucristo. Fue Él quien murió por el cristiano. Fue Él quien nos compró con su preciosa sangre. Por lo tanto, evitemos volvernos esclavos de los hombres o de una iglesia o denominación. El cristiano que se somete a las reglas de los hombres pronto empieza a perder el gozo y el vigor en su andar cristiano. Esto no quiere decir que debemos vivir independientemente de nuestros hermanos. Tampoco que vamos a ignorar los consejos que ellos nos den, basados en la Palabra de Dios. Pero sí quiere decir que me bautizo porque Cristo me lo está pidiendo. Me reúno porque Cristo así lo quiere. Sólo a Cristo debemos esta lealtad y obediencia. A Cristo daremos cuenta de nuestro comportamiento: “Es necesario que todos nosotros [los creyentes] comparezcamos ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). ¡Que el Señor nos ayude a tomar nuestros compromisos con seriedad!

Una pregunta personal

¿Cómo están tu lectura de la Biblia, tu oración y tu asistencia a las reuniones de la iglesia? ¿Ofrendas con regularidad? ¿Has testificado a alguien del Señor en esta última semana?

Lección 9

¿Cómo se practica el bautismo cristiano?

En esta lección nos detendremos en algunos asuntos prácticos relacionados con el bautismo cristiano:

1. El método del bautismo: inmersión.
2. ¿Dónde se debe bautizar?
3. ¿Qué ropa se debe usar durante el bautismo?
4. ¿Quién puede bautizar a otro?
5. ¿Se requieren clases bautismales?
6. ¿Qué palabras se dicen en el bautismo?
7. ¿Cuándo es necesario volver a bautizar a alguien?

1. El método del bautismo: inmersión

Hay tres buenas razones por las cuales el bautismo debe practicarse por inmersión, es decir, sumergiendo a la persona momentáneamente en agua. Estas razones son:

(1) El significado de la palabra “bautismo”: El Espíritu Santo escogió una palabra griega que significa “hundir”, “sumergir”, “zambullir” o “teñir”. Esto sugiere inmersión total.

(2) Su significado simbólico: El bautismo cristiano representa nuestra identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. El bajar a las aguas, ser sumergido y luego salir de las aguas ilustra bien estos hechos. También es un buen “drama” de la muerte y sepultura de nuestra vieja vida y el comienzo de la nueva vida.

(3) Ejemplos bíblicos: Las Escrituras nos muestran el bautismo practicado por inmersión. Por ejemplo, la experiencia del etíope (Hechos 8:38, 39): “Y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y le bautizó. Cuando subieron del agua...”. Los bautismos se hacían “en” agua y no “con” agua. Juan, por ejemplo, bautizaba “en” el río Jordán (Marcos 1:5). Los ejemplos bíblicos nos hacen pensar en un bautismo por inmersión en lugares de “muchas aguas” (Juan 3:23).

2. ¿Dónde se debe bautizar?

La Palabra de Dios no nos señala un lugar específico dónde debemos bautizar. Por tanto, tenemos libertad de bautizar en cualquier lugar adecuado, donde haya suficiente agua. Puede ser un tanque, un río, el mar. El apóstol Pablo, aunque era un judío, no fue bautizado ni en Jerusalén, ni en el río Jordán. Fue bautizado en Damasco, capital de una nación gentil (Hechos 9:18). El carcelero fue bautizado en Filipos, siendo aún de noche,

probablemente en su propia casa (Hechos 16:33). El bautismo del eunuco tuvo lugar en el camino de vuelta a su país (Hechos 8:36-39). Al parecer, Lidia y su familia fueron bautizados en el río junto al cual se reunían las mujeres para orar, y éste no era el río Jordán (Hechos 16:13-15).

Podríamos citar más casos en los cuales se puede ver que el bautismo cristiano siempre se realizaba en la misma área donde la persona se convertía. Esto tiene su razón de ser. El primer lugar donde una persona debe mostrar su entrega al Señor es su propia casa, su propio pueblo, en donde la conocieron antes y después de su conversión.

3. ¿Qué ropa se debe usar durante el bautismo?

Las Escrituras guardan silencio al respecto. Dado que el bautismo es un acto simbólico que no tiene poder para cambiar a una persona, insistir en una ropa especial es una cosa necia. Quizá lo único que podemos decir es que sea “ropa decorosa, con pudor y modestia” (1 Timoteo 2:9), no sólo en la mujer sino también en el hombre. Por eso es recomendable usar ropa que no se vuelva traslúcida al mojarse, ni faldas delgadas que se levanten en el agua.

4. ¿Quién puede bautizar a otro?

En cuanto a esto tampoco tenemos un mandato bíblico específico. Unas veces se ve en las Escrituras que bautizaba el mismo evangelista (Hechos 8:38). Sin embargo, el que bautiza no tiene que ser un hermano especialmente dotado, ni un anciano, ni un obrero de tiempo completo (Hechos 9:18; 1 Corintios 1:14-17). Es de esperarse que el que bautiza sea un hermano de buen testimonio y que sabe qué es lo que está haciendo.

5. ¿Se requieren clases bautismales?

En la Biblia no encontramos un mandato ni un ejemplo de un curso preparatorio para el bautismo. La enseñanza sobre el bautismo evidentemente era incluida en la predicación del evangelio, de tal manera que los que creían eran bautizados sin demora: “Así que, los que recibieron la Palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41). Al convertirse, el etíope le dice a Felipe “Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?” (Hechos 8:36). Inmediatamente paran el carro, bajan a las aguas, y Felipe lo bautiza. Leemos que el carcelero de Filipos “tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y enseguida se bautizó él con todos los suyos” (Hechos 16:33).

Sin duda alguna, es sano explicar bien el significado de la salvación y del bautismo antes de proceder con el bautismo. Debemos bautizar inteligentemente. Debido a la confusión que existe sobre el tema en varios lugares, algunos creyentes sienten la necesidad de dictar un corto curso bautismal antes de proceder con el bautismo, con el fin de despejar inquietudes. Generalmente un curso de estos puede ser de buena ayuda. Pero nos apartamos de la Palabra de Dios si insistimos que un creyente tiene que recibir las clases antes del bautismo. Estas clases sólo se pueden recomendar. Deben ser pocas clases, para no alargar desmedidamente el tiempo entre la conversión y el bautismo. Recordemos que después del bautismo habrá toda una vida en la cual se debe enseñar y aprender.

Algunos creyentes sienten que es necesario arreglar algunas situaciones del pasado que son causa de mal testimonio, tales como el estar viviendo en unión libre, tener enemistades, ser esclavo del alcohol o la droga, etc. El arreglar cosas como estas agrada al Señor y

constituyen frutos de la nueva vida (Colosenses 3:5-10). Cualquier duda, es conveniente consultarla con algunos de los creyentes maduros en la iglesia local antes de ser bautizado.

6. ¿Qué palabras se dicen en el bautismo?

El Señor Jesucristo dijo muy claramente: “bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Pero en el libro de los Hechos, encontramos que los creyentes eran bautizados “en el nombre del Señor Jesús” (Hechos 2:38, 8:16, 10:48, 19:5). ¿Por qué esta diferencia? Algunos piensan que hay contradicción. No hay tal. Es más cómodo ignorar algunos versículos, pero debemos aceptar toda revelación de Dios y buscar entenderla. Hay algunas posibilidades:

(1) Algunos hermanos observan que todas las personas bautizadas en los Hechos ya conocían al Dios verdadero revelado en el Antiguo Testamento. Lo único que les faltaba era reconocer al Señor Jesús, el Mesías que Dios había enviado, y recibirlo. Por eso se bautizaban en el nombre del Señor Jesús. Muy distinto sucede con un gentil que vivía en la idolatría, adorando a otros dioses. Este último necesitaba reconocer por completo al Dios verdadero, al Dios trino, es decir, al Dios que se ha revelado en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo (para mayor ilustración al respecto, puedes consultar el Apéndice 5).

(2) Otros hermanos llaman la atención a la enseñanza que regía el comportamiento de los primeros creyentes: “Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús (Colosenses 3:17). Dado que debían hacer todo en el nombre del Señor Jesús, no se sorprenden al leer que estos creyentes también bautizaban en el nombre del Señor Jesús.

(3) También hay aquellos hermanos que preguntan: ¿Qué es bautizar en el nombre del Señor Jesús? Responden que es bautizar con la autoridad de Señor Jesús y según sus instrucciones, es decir, según Mateo 28:19.

Sea cual fuere la interpretación más correcta, es bueno recordar que en el Señor Jesucristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). Al ser bautizados estos discípulos en el nombre de Jesús, realmente lo estaban haciendo en el nombre de toda la Divinidad. Por esta razón, tampoco podemos inventar nuestras propias reglas y prohibir que se bautice a una persona en el nombre de Jesús, con tal que tenga como base al Dios trino.

El cristiano que sencillamente obedece este mandato del Señor y se bautiza “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, no tiene nada que temer. Está utilizando la frase que Jesucristo pronunció para el bautismo cristiano.

7. ¿Cuándo es necesario volver a bautizar a alguien?

Es bíblico que todo creyente sea bautizado correctamente con el bautismo cristiano **solo una vez**. En algunos casos, esto significa un segundo bautismo. En las Sagradas Escrituras también encontramos este caso. Los discípulos de Juan el Bautista reconocieron que su conocimiento de Dios era incompleto, pues aún no habían oído hablar del Espíritu Santo. Reconocieron que no habían recibido el bautismo cristiano y fueron bautizados nuevamente (Hechos 19:3). El bautismo cristiano es el que se realiza después de creer y recibir al Señor. ¿Te bautizaron cuando eras un bebé, o antes de tu entrega a Cristo? Ahora tienes la

oportunidad de pedir el bautismo cristiano.

También debemos notar que un bautismo realizado desconociendo al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo niega Mateo 28:19 y por tanto no es reconocido como un bautismo cristiano. Existen personas que bautizan en el nombre del Señor Jesús, negando al Padre y al Espíritu Santo. Otros bautizan sobre la base de que sólo el Padre es Dios. En todos estos casos es necesario que el creyente reconozca este serio error y se bautice de nuevo con el bautismo cristiano.

Una pregunta personal

¿Ya has recibido el bautismo cristiano? ¿Qué pasos puedes tomar para obedecer al Señor en este asunto?

Lección 10

¿Qué impide que yo sea bautizado?

Hemos llegado a la última lección. Si aún no lo has hecho, éste es el momento de reflexionar seriamente sobre tu situación delante del Señor. Si ya te has entregado a Cristo pero aún no has pedido el bautismo cristiano, es hora de tomar la decisión de obedecer al Señor en este importante paso. Para terminar miraremos:

1. El bautismo cristiano: resumen.
2. ¿Qué pasa después del bautismo?
3. El bautismo y la Cena del Señor.
4. ¿Quién debe tomar la iniciativa en cuanto al bautismo?
5. ¿Me bautizo o no me bautizo?

1. El bautismo cristiano: resumen

Hemos notado que la Biblia contiene diferentes clases de bautismo. El Señor Jesucristo espera que todo creyente se bautice con el bautismo cristiano. Es un pequeño “drama” en el cual el creyente es sumergido momentáneamente en el agua, representando que murió y fue sepultado con Cristo. Esto representa el fin de su vida antigua, su viejo hombre. Al salir del agua nuevamente, está mostrando que resucitó con Cristo con una vida nueva.

Debemos recordar que el bautismo NO SALVA. Buscamos bautizarnos porque el Señor lo ordenó, mas NO porque nos pueda limpiar los pecados, o hacernos nacer de nuevo, o añadir algo de santidad, o hacernos más salvos, o reducir las tentaciones.

Jesucristo nos manda que después de la conversión, nos bauticemos “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. El bautismo puede ser realizado en cualquier lugar donde haya suficiente agua, y por cualquier hermano en Cristo de buen testimonio. Es quizá más importante que se haga en el lugar donde el creyente vive, como testimonio delante de las personas que le conocen.

2. ¿Qué pasa después del bautismo?

“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas: Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:41, 42). Después de su conversión, estos primeros cristianos demostraron públicamente su entrega a Cristo con su bautismo. Pero ¡allí no terminó su experiencia! Se nos dice que estos creyentes perseveraban. Sin duda estos creyentes tenían sus problemas, tentaciones y frustraciones, pero seguían firmes y fieles al Señor.

Notamos que estos nuevos creyentes perseveraban en cuatro cosas:

(1) La doctrina de los apóstoles: Buscaban aprender y practicar la Palabra de Dios. Después de tu bautismo hay mucho que aprender. No te dejes engañar por Satanás pensando que ya sabes suficiente y no necesitas más del estudio de la Palabra.

(2) La comunión unos con otros: Estos creyentes buscaban activamente relacionarse entre sí. Se reunían, se estimulaban a amar a Dios y a los demás, hacían buenas obras juntos, se preocupaban los unos por los otros. Todo creyente bautizado debe formar parte activa de una asamblea o iglesia local.

(3) El partimiento del pan: La Cena del Señor es la única reunión o celebración que el Señor Jesús pidió explícitamente. En ella adoramos al Señor por su maravilloso sacrificio por nosotros y anticipamos su pronto regreso. La invitación de Jesucristo mismo a todo creyente que le ama es: “Haced esto en memoria de mí” (1 Corintios 11:24, 25). ¿Estás respondiendo a esta hermosa invitación? Es muy importante que perseveres en esto.

(4) Las oraciones: El tiempo de oración personal es indispensable para todo creyente. Sin embargo, también notamos que los creyentes en el Nuevo Testamento practicaban y perseveraban en la oración colectiva (Hechos 1:14). Juntos buscaban los recursos de Dios para enfrentar los ataques del enemigo.

3. El bautismo y la Cena del Señor

Muchos nos hemos preguntado si es necesario ser bautizado para participar de la Cena del Señor. Para dar una respuesta, primero comparemos estos dos actos simbólicos. Son dos cosas distintas: El bautismo es un testimonio visible de la conversión, mientras que la Cena del Señor es un memorial de la muerte del Señor. El bautismo se refiere a mí, mientras que la Cena se refiere a Él. El bautismo es una responsabilidad personal, la Cena es un privilegio colectivo entre creyentes. El bautismo es “una sola vez”, la Cena del Señor es una celebración permanente “hasta que Él venga”. Tienen en común, que tanto el bautismo como la Cena fueron instituidos por el Señor Jesucristo. Lo normal es que todo creyente participe de los dos (Mateo 28:19 y 1 Corintios 11:23-30).

En la Biblia no encontramos un versículo que prohíba que alguien participe de la Cena sin haberse bautizado; sin embargo, lo normal es que el cristiano participe de la Cena del Señor después de haberse bautizado. Creemos que esto es cierto por las siguientes razones:

(1) Este orden es lógico: Primero, el bautismo para demostrar públicamente que si es creyente, luego la Cena para expresar nuestra gratitud al Señor junto con otros hermanos.

(2) Ejemplos bíblicos: Después del nacimiento de la Iglesia en el día de Pentecostés, notamos que todo creyente era bautizado enseguida o poco después de su conversión. Por lo tanto, es de esperar que todo creyente que se unía a los apóstoles y a los demás hermanos para celebrar la Cena del Señor, ya era bautizado con el bautismo cristiano (Hechos 2:41, 42).

(3) Observación pastoral: Si un creyente no quiere obedecer al Señor con el bautismo cristiano pero sí quiere participar de la Cena, se le debe preguntar: ¿Por qué no te has bautizado? Si “algo” le impide el bautismo, ese mismo “algo” probablemente también le impide participar a la Cena del Señor. Ese “algo”, puede ser rebeldía y falta de sujeción a la Palabra, o desobediencia al mandamiento, o simplemente poco amor por el Señor Jesucristo.

¿Estás participando regularmente a la Cena del Señor? ¿Estás respondiendo a ese llamado de amor de nuestro Salvador: “Haced esto en memoria de mí”? Es un privilegio y también una responsabilidad.

4. ¿Quién debe tomar la iniciativa en cuanto al bautismo?

En otras palabras, ¿debo pedir que me bauticen, o debo esperar que alguien venga y me motive? En Mateo 28:19 el deber recae sobre el que predica el evangelio. Somos llamados tanto a hacer discípulos como a bautizar. ¿Entiendes esto? Si compartes tu fe en Cristo con otro, pero no promueves el bautismo cristiano, tu evangelismo es incompleto. Nuestro llamado del Señor es a evangelizar (hacer discípulos), a bautizarles y edificarles (enseñarles). Debemos promover activamente el bautismo.

Por otra parte, el nuevo creyente también tiene la responsabilidad de buscar ser bautizado. Si leemos con cuidado el encuentro entre Felipe y el etíope en Hechos 8, notamos que el etíope es el que toma la iniciativa de pedir el bautismo. Primero Felipe le explica el evangelio (v. 35), lo cual incluyó, sin duda, alguna enseñanza sobre el bautismo, porque al terminar el etíope pregunta ¿Qué impide que yo sea bautizado? ¿Te has hecho esta misma pregunta? No debes esperar que alguien te anime a que te bautices. Si amas al Señor, la responsabilidad es tuya. Toma la iniciativa. Comparte tu deseo de bautizarte con la persona que te anunció el evangelio o con algún hermano de confianza en la iglesia local. Sencillamente pregúntale “¿Qué impide que yo sea bautizado?”. La responsabilidad de obedecer al Señor en el paso del bautismo es tuya.

5. ¿Me bautizo o no me bautizo?

Ahora que has estudiado seriamente el tema del bautismo cristiano, el Señor espera una respuesta de tu parte. No es un ser humano el que te pide actuar, es el Señor mismo, el que te compró con su sangre, el que te salvó, el que te libró de la ira venidera. La obediencia requiere sacrificio, pero siempre trae gozo. Después de su bautismo, leemos que el etíope “siguió gozoso su camino” (Hechos 8:39). Levanta ahora tus ojos a los cielos y en quietud dile a tu amante Salvador: “Señor, ¿qué de mi bautismo?”

El Señor Jesucristo dice claramente en Juan 14:21:
“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama”.
¿Le amas?

Apéndices

Sección adicional para aquellos que desean profundizar

Apéndice 1

¿Qué sucede cuando un creyente se aparta?

En la Lección 3 consideramos algunas de las promesas de Dios que aseguran nuestra salvación. Tristemente algunos aprovechan estas hermosas promesas para justificar que pueden vivir de cualquier manera. El apóstol Pablo se pronuncia a este respecto cuando pregunta “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” y contesta enfáticamente: ¡“En ninguna manera!” (Romanos 6:1, 2). Nuestro nuevo nacimiento depende de la obra de Cristo y es irreversible, pero después de haber sido hechos miembros de la familia de Dios, nuestro Padre celestial espera ver cambios en nuestra forma de vivir, que andemos “como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Efesios 4:1). ¿Debe el cristiano hacer buenas obras? Por supuesto que sí. Efesios 2:8-10 nos enseña que el creyente es salvo por GRACIA, es decir, no lo merece. Nos dice también que NO nos salvamos por obras. El buen comportamiento y las buenas obras son muy importantes pero después de haber nacido de nuevo, pues así demostramos que somos hijos de Dios y hacemos que los hombres glorifiquen a Dios (Mateo 5:14-16). Pero como hemos visto, estas buenas obras no nos pueden salvar, ni nos mantienen salvos.

Probablemente conoces a alguna persona que dice ser creyente pero se ha apartado de los caminos de Dios. Algunas de estas personas han sido bautizadas, otras han participado de la Cena del Señor o incluso han enseñado la Palabra de Dios a otros. ¿Será que cuando se apartan y vuelven al mundo pierden su salvación? Cada caso es diferente, y cada caso trae mucha tristeza. Lo cierto es que hay dos posibilidades:

(1) Que fue una imitación de cristiano: La persona trató de comportarse como un creyente por unos meses o años, luego se cansó y volvió a vivir como antes. Aunque aparentó vivir una vida cristiana (con actividades, cantos, oraciones y estudios) nunca se entregó de corazón a Jesucristo. Un ejemplo de esto es el caso de Judas Iscariote. En realidad nunca fue un creyente. Volvió a vivir visiblemente lo que siempre había sido: inconverso. Este era de los que “salieron de nosotros, pero no eran de nosotros” (1 Juan 2:19).

(2) Que es un cristiano carnal: La otra posibilidad es que la persona sea un verdadero hijo de Dios pero cedió ante la tentación. Es un cristiano que anda mal, siguiendo sus propios deseos y no la voluntad de Dios. Estos no dejan de ser cristianos. La Biblia se refiere a estos como cristianos “carnales” (1 Corintios 3:1-3). Estos no pierden su salvación, porque su salvación depende de la obra perfecta de Cristo y no de su comportamiento, pero sí pierden las bendiciones de Dios en esta vida. Pierden el gozo de andar con Cristo. Pero pierden más. En 1 Corintios 3:15 leemos: “Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.” El cristiano carnal pierde lo que construye con su vida, pero por la gracia de Dios “él mismo será salvo.” ¡Qué tristeza llegar a la presencia de nuestro Señor y Salvador sin haber hecho nada útil para Él! Nunca debemos tratar esto con liviandad. Dios no quita su salvación, pero a veces Él castiga al creyente carnal con enfermedad o aun con la muerte (1 Corintios 5:4, 5; 11:29, 30).

Cuando una persona que profesa ser creyente se aparta de los caminos del Señor no sabemos a cuál de estos dos grupos pertenece. Puede ser que nunca fue un creyente, o puede ser que es un creyente carnal. Dios lo sabe. A nosotros no nos corresponde juzgar. Es Cristo, el Pastor, quien conoce cuáles son sus ovejas (Juan 10:27). Oremos por su verdadera conversión o por su restauración.

Apéndice 2

¿Qué pasa con un bebé que muere sin ser bautizado?

Algunos han mal interpretado versículos como Juan 3:5: “el que no naciere de agua y del Espíritu, no pude entrar en el Reino de Dios.” Piensan que la expresión “agua” se refiere aquí al bautismo, y por lo tanto se apresuran a bautizar a un bebé lo más pronto posible. También se ha inventado un lugar llamado “limbo” para aquellos bebés que mueren sin bautismo. La Biblia habla solamente del cielo y del infierno. Pero no encontramos ni una sola referencia al limbo ni al purgatorio.

La Biblia enseña claramente que los niños son del Señor (Lucas 18:16). Al morir un hijo del rey David después de sólo siete días de nacido, David exclamó: “Yo voy a él, mas él no volverá a mí” (2 Samuel 12:23). David, como creyente, y su bebé no bautizado se encontrarán en el mismo lugar: el cielo. Para el significado de la palabra “agua” en Juan 3:5, ver el Apéndice 4.

Apéndice 3

Ser llenos del Espíritu y el bautismo en el Espíritu Santo

Este tema ha traído mucha confusión dentro del pueblo de Dios especialmente en estos últimos 100 años. ¿En quién mora el Espíritu Santo? ¿Cómo puedo saber si tengo el Espíritu Santo? ¿Cuándo somos bautizados con el Espíritu Santo? ¿Qué es ser lleno del Espíritu Santo? Miremos la Palabra de Dios:

El Espíritu Santo mora en el creyente desde su conversión

Cuando una persona se convierte en un cristiano, en ese instante recibe también al Espíritu Santo: “habiendo oído la Palabra de verdad... y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo” (Efesios 1:13). La Biblia no contempla la posibilidad de que exista un cristiano sin el Espíritu Santo, tanto que el apóstol Pablo afirma: “Si alguno no tiene al Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). Jesucristo mismo enseña que todo creyente tiene el Espíritu Santo (Juan 7:38, 39). Algunos cristianos en la ciudad de Corinto no sabían que el Espíritu Santo vivía dentro de ellos, por eso el apóstol Pablo les pregunta: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo de Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Corintios 6:19). Sin ellos pedirlo, aún sin ellos saberlo, el Espíritu Santo ya moraba dentro de ellos. Los escritores del Nuevo Testamento toman por sentado que Dios ha dado su Espíritu Santo a todos los creyentes. (Ver por ejemplo 1 Tesalonicenses 4:8 y 1 Juan 3:24, 4:13). Dios promete dar su Espíritu cuando creemos. Si Dios dice que el Espíritu Santo mora dentro de cada creyente, sencillamente debemos aceptar su Palabra por fe.

El Bautismo del Espíritu Santo es un evento histórico

La expresión “bautismo en (o con) el Espíritu Santo” la encontramos sólo siete veces en el Nuevo Testamento. Al estudiar estas siete referencias podremos entender su significado:

- Cuatro veces es usada por Juan el Bautista, refiriéndose al ministerio de Jesús: Mateo 3:11, Marcos 1:8, Lucas 3:16 y Juan 1:33.
- Una vez es usada por el Señor Jesucristo al referirse a la profecía de Juan el Bautista: Hechos 1:5-8. Aquí explica que el evento del “bautismo con el Espíritu Santo” se cumpliría “dentro de no muchos días”, es decir, en la fiesta de Pentecostés narrada en Hechos 2.
- Una vez es usada por el apóstol Pedro en Hechos 11:15, 16. Aquí cita las palabras del Señor Jesucristo mencionadas en Hechos 1:5 y muestra que ahora los gentiles (la casa de Cornelio) también eran hechos partícipes del evento inaugural del bautismo del Espíritu Santo, de la misma manera que los judíos congregados en el día de Pentecostés lo fueron “al principio” de la Iglesia.
- La séptima y última referencia a este bautismo, es hecha por el apóstol Pablo en 1 Corintios 12:13. Dice “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. La iglesia en Corinto la formaban creyentes maduros e inmaduros, espirituales y carnales, y aun así el apóstol firma que “fuimos todos bautizados”.

En conclusión podemos afirmar que el bautismo en el Espíritu Santo es el evento inicial que se cumplió cuando el divino Espíritu fue derramado sobre los creyentes el día de Pentecostés. Este bautismo unió a todos los creyentes en un solo Cuerpo y así se dio inicio a la Iglesia. En el momento en que un pecador se arrepiente y se rinde a Cristo, en ese momento automáticamente se hace partícipe del bautismo del Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu Santo coloca al creyente en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por eso todo creyente puede decir con certeza “yo he sido bautizado con el Espíritu Santo”. ¿Cuándo? “En el día de mi conversión”.

Note que no existe ni una sola ocasión donde se nos exhorte a buscar o a pedir el bautismo del Espíritu Santo. Pero sí debemos buscar ser llenos del Espíritu Santo.

Todo creyente debe buscar ser lleno del Espíritu Santo

La expresión “ser lleno del Espíritu Santo” es usada en la Biblia en tres maneras diferentes:

- (1) Se utiliza para referirse a una experiencia continua, una característica normal de la vida de un creyente. Por ejemplo, era una característica de los siete varones elegidos en Hechos 6:3, 5; también de Bernabé (Hechos 1:24) y de los creyentes en Antioquía de Pisidia (Hechos 13:52).
- (2) También se utiliza cuando Dios da un poder especial para un ministerio, llamado u oficio específico. Este es el caso de Juan el Bautista (Lucas 1:15-17) y del apóstol Pablo (Hechos 9:17-22).
- (3) Hay ocasiones cuando el “ser lleno del Espíritu” se ve asociado con ciertos trabajos inmediatos o situaciones de crisis. Este es el caso de Zacarías y Elisabet, el estar llenos del Espíritu Santo les permitió profetizar (Lucas 1:41, 42, 67). En el caso de Pedro, el estar lleno del Espíritu Santo le capacitó para presentar el evangelio ante el

Sanedrín (Hechos 4:7, 8). Al ser llenos del Espíritu Santo, los creyentes en Jerusalén recibieron poder para predicar bajo persecución (Hechos 4:29-31), y Esteban recibió valor para enfrentar el martirio (Hechos 7:55-60). Al ser lleno del Espíritu Santo, el apóstol Pablo recibió poder para reprender a Satanás, en el caso del mago Elimas (Hechos 13:8, 9).

La Palabra de Dios sí exhorta a todo creyente a buscar ser lleno del Espíritu Santo. En Efesios 5:18 leemos: "...antes bien, sed llenos del Espíritu Santo". Dios quiere que nosotros nos rindamos a la dirección del Espíritu Santo en nuestra vida. Esto sí es una experiencia de todos los días y es un mandato del Señor. Desafortunadamente hay muchos cristianos que viven su vida a su manera y no permiten que Cristo dirija sus decisiones y comportamiento a través de su Espíritu Santo.

Vivir llenos del Espíritu Santo es lo mismo que "andar en el Espíritu" (Gálatas 5:16), "andar por el Espíritu" (Gálatas 5:25), también "servir a Dios en el Espíritu" (Filipenses 3:3). El resultado de ser controlado o lleno del Espíritu Santo es la formación progresiva de un carácter como el de Cristo, de una vida de santidad. La plenitud del Espíritu Santo se demuestra en un carácter moral regenerado, una vida de santidad. ¿Cómo se supo que los siete varones en Hechos 6 estaban llenos del Espíritu Santo? Por el fruto del Espíritu Santo en sus vidas: las características de una vida llena del Espíritu de Dios la encontramos en Gálatas 5:22, 23. Pero, a nivel personal, ¿cómo estás viviendo? ¿Estás buscando la dirección del Espíritu Santo en las decisiones de tu vida? ¿Estás dejando que el Espíritu controle tu vida?

Ejemplo de los creyentes en Corinto

Los creyentes en la iglesia de Corinto nos ilustran lo que hemos visto hasta ahora:

- (1) El Espíritu Santo moraba en todos los creyentes (1 Corintios 6:19).
- (2) Todo creyente había sido bautizado por (o en) el Espíritu Santo (1 Corintios 12:13).
- (3) Todo creyente había recibido por lo menos un don del Espíritu Santo (1 Corintios 1:4-7, 12:7).
- (4) El apóstol clasificó a estos creyentes en dos grupos: carnales y espirituales (1 Corintios 3:1-3). Ambos grupos habían recibido al Espíritu Santo, los dos habían sido bautizados con el Espíritu Santo. El cristiano carnal es el que no se deja guiar por el Espíritu Santo, es decir, no está lleno del Espíritu Santo.
- (5) Lo que demuestra que un creyente está lleno del Espíritu Santo no son sus dones, pues todo creyente ha recibido un don o más, sino su carácter transformado, su forma de ser, la vida de Cristo manifestada en su vida diaria.

Apéndice 4

Algunos versículos relacionados con el bautismo que pueden causar confusión

MARCOS 16:15, 16

"Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere será condenado".

Para ver una explicación de este pasaje, ver la tercera parte de la Lección 4.

JUAN 3:5

“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”.

La palabra “agua” en la expresión “nacer de agua y del espíritu” no puede referirse al bautismo. Esto es claro al comparar la expresión citada con el resto del capítulo 3. Cristo afirma que la salvación es por creer únicamente: “todo aquel que en Él (Cristo) cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Esto se repite cuatro veces (versículos 15,16,18 y 36). La expresión “nacer de agua y del Espíritu” no se refiere al bautismo sino a nacer de la Palabra y del Espíritu. El vocablo “agua” aquí como en otros pasajes, representa la Palabra de Dios. Más adelante, en Juan 15:3, Jesucristo les dice a sus discípulos: “Vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado.” También en Efesios 5:26 leemos: “para santificarla [La Iglesia], habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra”. La estrecha relación entre el nuevo nacimiento y la Palabra también la encontramos en Santiago 1:18: “nos hizo nacer (de nuevo) por la Palabra de verdad” y en 1 Pedro 1:23: “siendo renacidos... por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre”. El apóstol Pablo explica así la relación entre la fe para salvación y la Palabra: “La fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17).

HECHOS 2:38

“Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”

Puesto que éste no es el único versículo en la Biblia que habla sobre el bautismo, el perdón y el Espíritu Santo, debemos compararlo con las otras enseñanzas del apóstol Pedro y con otras Escrituras.

El segundo capítulo de los Hechos comienza con el nacimiento de la Iglesia en el día de Pentecostés. En este día el Espíritu Santo descendió y bautizó a todos los creyentes en un solo cuerpo. Milagrosamente los creyentes recibieron la capacidad de hablar en diferentes idiomas o lenguas como señal de que el Espíritu Santo había sido derramado sobre ellos, conforme a las predicciones del profeta Joel (Hechos 2:16). En estos momentos se levantó el apóstol Pedro y se dirigió al pueblo judío allí presente, a aquellos culpables de rechazar y crucificar a Cristo, el Mesías prometido (vv. 14, 22, 36). Con palabras claras y directas les dice a sus compatriotas que ellos han cometido un gran error al crucificar a Cristo (vv. 23, 36). Les exhorta a que reconozcan su vil pecado, se arrepientan y se identifiquen públicamente con Jesucristo a través del BAUTISMO (vv. 37, 38). Los judíos que respondieron a este llamado del apóstol Pedro fueron PERDONADOS de la grave falta de haber crucificado al Cristo, y recibieron el don del ESPÍRITU SANTO como lo habían recibido los demás creyentes. Este mensaje especial de Pedro a los judíos que pidieron la crucifixión de Cristo, no es base suficiente para concluir que el bautismo cristiano es para perdón de pecados.

Para despejar toda duda, el mismo apóstol Pedro aclara varias veces más adelante, que el perdón se recibe por la fe (no por el bautismo), pues dice: “arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). Perdón de pecados sin bautismo. Pedro también nos muestra que los profetas enseñaban esta verdad: “De este [Jesús] dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43).

¿Qué significa entonces este versículo?

Ya hemos visto como en el tiempo de los Hechos los creyentes se hacían bautizar inmediatamente. En este versículo, Pedro está exhortando a sus oyentes a dar dos pasos

que, para ellos, serían simultáneos: (1) arrepentimiento sincero - nótese que esta es la primera e indispensable condición, y (2) bautismo cristiano. Así, mostrarían públicamente su identificación con Cristo como Salvador. Esto conllevaría dos consecuencias también simultáneas: (1) el perdón de pecados y (2) el don del Espíritu Santo.

HECHOS 22:16

Ananías le dijo a Saulo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.”

Gracias a Dios, la conversión de Saulo (después llamado Pablo) es narrada tres veces en el libro de los Hechos, en los capítulos 9, 22 y 26. Al compararlas entenderemos mejor estas palabras de Ananías.

La conversión, o cambio interior de Saulo, ocurrió en el camino a Damasco momentos después de caer al suelo, cuando tuvo un encuentro personal con Cristo (Hechos 9:4-6). Por lo tanto, cuando Ananías luego le visita, lo saluda diciéndole: “Hermano Saulo” (9:17). Es de notar que Saulo recibe del Señor el llamado al ministerio antes de ser bautizado (Hechos 22:14-16) y Dios nunca llama inconversos al ministerio. Es evidente entonces que Saulo ya había creído y por lo tanto ya había recibido el perdón de Dios antes de ser bautizado. Al visitarle, Ananías lo anima a que inmediatamente se bautice, demostrando su arrepentimiento, perdón y salvación, e identificándose públicamente con Jesucristo. Años después, el apóstol Pablo (Saulo) es muy claro en su enseñanza: Es la sangre de Cristo, y no el bautismo, lo que nos limpia del pecado: “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:7). La instrucción para nosotros es: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31). También Pablo nos escribe: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9).

Cristo mismo enseña esta verdad. Cuando se le apareció al apóstol Pablo en el camino a Damasco, le encomienda la tarea de ser “ministro y testigo” tanto a judíos como a gentiles, “para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:15-18). Jesucristo mismo nos confirma que el perdón y la salvación se reciben por FE en Cristo y no por el bautismo.

Observemos que la orden de Ananías a Saulo tiene dos partes: (1) “levántate y bautízate” y (2) “lava tus pecados, invocando su nombre”. Pablo ya era creyente pero durante esos tres días de reflexión y seguramente sintió más y más el peso de sus propios pecados, su orgullo, su terquedad. Como creyente debía confesar estas cosas, invocando el nombre de su Señor, para así ser limpiado de ellas. Así pues, la conexión no es entre “bautízate” y “lava tus pecados”, sino entre “lava tus pecados” e “invocando su nombre”. Nosotros también con regularidad debemos invocar el nombre de Cristo y confesar nuestros pecados para así ser limpiados (1 Juan 1:8-10).

1 PEDRO 3:20, 21

“[Noé y su familia, ocho personas en total] fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo”.

Algunos piensan que este verso da pie para pensar que el bautismo nos salva. Pero notemos que aquí hay una doble analogía: Tanto en el diluvio como en el bautismo el “agua” habla de juicio, la muerte de los impíos contemporáneos de Noé y la muerte de Cristo (y el creyente que “muere en Él” al acogerse a la obra de Cristo a su favor). Pero aquí también, es el “agua” la que salva, pues el agua llevó a flote el arca y la muerte de Cristo es la que

nos trajo salvación. El instrumento que Dios usó para juicio también lo usó para salvación. En el caso del diluvio, el instrumento de juicio y salvación fue el agua. En el caso nuestro, el instrumento de Dios fue la muerte de Cristo, simbolizada en el “agua” del bautismo.

Es de notar que el símbolo del bautismo, y lo que representa (la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, y nuestra identificación con Él en estas experiencias) están tan estrechamente ligadas, que a veces se usa el símbolo para referirse a la realidad que representa.

Por otra parte, este versículo nos aclara el hecho que el bautismo no quita las inmundicias de la “carne” (pues el bautismo no tiene ese poder). En cambio, sí demuestra una respuesta de obediencia a Dios, un deseo de andar en la vida nueva.

Podemos mirar el versículo que nos ocupa desde otro ángulo. Comparémoslo con Romanos 10:10: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Notemos que el creer de todo corazón (cambio interno) es seguido necesariamente por la confesión con la boca (manifestación externa y pública). Este versículo no está condenando a personas mudas que no pueden confesar su salvación verbalmente a otros. Sencillamente enseña que la verdadera fe se manifiesta por las obras que produce. Así, en el pasaje de 1 Pedro, el apóstol menciona el bautismo como la forma normal en que el creyente confiesa públicamente la actitud interior que le ha salvado: fe en la eficacia de la muerte y resurrección de Cristo.

1 CORINTIOS 15:29

“De otro modo, ¿que harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?”

Algunos piensan que este versículo indica que los creyentes se bautizaban a nombre de familiares fallecidos, quienes no alcanzaron a ser bautizados durante su vida. Esto es muy poco probable. En primer lugar, en ninguna parte de la Biblia se habla de semejante costumbre. No existe ninguna instrucción bíblica para ello. Al contrario, tanto el creer, como el ser bautizado, son decisiones que debe tomar la persona misma. ¿Qué significa, entonces, este versículo? Hay algunas posibilidades:

(1) La expresión griega traducida “se bautizaban por los muertos”, también permite la traducción “se bautizaban debido a los muertos”. En este caso, el versículo podría referirse a aquellos nuevos creyentes que buscaban ser bautizados debido al testimonio de la muerte reciente (y probablemente violenta) de algunos creyentes. Estos se bautizaban en la esperanza de ser reunidos con ellos en la resurrección. Si la muerte es el fin de todo, y no hay resurrección, todo esto sería inútil.

(2) Otra posible explicación, es que Pablo se estaba refiriendo a los creyentes nuevos, los cuales, al ser bautizados, estaban llenando los espacios vacíos en la iglesia y en la obra del Señor que dejaban aquellos que habían muerto. De esta manera ellos eran bautizados “por” (o “en lugar de”) los hermanos que ya habían muerto. Este tomar el lugar de creyentes fallecidos, ya sea tomando su lugar en la asamblea o en la obra, claramente no tendría sentido, dice Pablo, si la resurrección no fuera una realidad.

Apéndice 5

La naturaleza del único Dios verdadero

El estudio detenido de la naturaleza de Dios es un tema tan fascinante como humillante. Abre nuestras mentes a la consideración de realidades del mundo espiritual, convirtiéndonos en adoradores. Humilla hasta la mente más altiva al considerar horizontes más allá de nuestros mejores intentos de comprensión.

Dos Advertencias:

(1) El lenguaje humano se ha desarrollado para describir experiencias y realidades terrenales. No es de sorprender, que cuando Dios busca revelar su naturaleza usando nuestro lenguaje, no existan las palabras aptas para describirla adecuadamente.

(2) La Palabra dice, que para comprender las cosas espirituales es necesario ser espiritual. “El hombre natural” (el que no ha nacido de nuevo) no entiende las cosas de Dios. Para él son locura” (1 Corintios 2:14).

¿Qué es la Trinidad?

Como vamos a ver, lo que encontramos en la Biblia es que “Dios es uno y hay tres que son Dios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”. A esta revelación incomprensible se le ha dado el nombre de Trinidad (TRI-UNIDAD). La palabra Trinidad, cómo las palabras omnipresente, omnipotente, omnisciente, no se encuentra en la Biblia, pero estas sí describen verdades reveladas en las Escrituras. Los cristianos a través de los siglos han aceptado la doctrina de la Trinidad al notar las siguientes 4 verdades:

VERDAD No. 1 : “Existe un solo Dios verdadero”

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son enfáticos en afirmar que hay un solo Dios. “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 4:35, 39; 6:4). “Yo soy el primero, y Yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isaías 44:6). “Dios es uno” (Gálatas 3:20; Santiago 2:19). La Biblia NO nos permite pensar en la existencia de tres Dioses.

VERDAD No. 2: “EL PADRE es Dios”

Jesucristo se refiere al Padre como Dios. En muchas de sus enseñanzas usa las palabras “Padre” y “Dios” refiriéndose a la misma persona. Ver por ejemplo Mateo 6:26, 30. El apóstol Pablo afirma: “sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas” (1 Corintios 8:6). La Biblia describe al Padre como Dios.

VERDAD No. 3: “EL HIJO es Dios y es diferente al Padre”

Esta verdad consta de dos partes. Explorémoslas:

Primero: La Biblia enseña que el Hijo es Dios.

(1) Las palabras de Jesucristo: Es de notar que Cristo nunca dijo las palabras “yo soy Dios”, pero sí afirmó cosas como: “Yo y el Padre uno somos” Juan 10:30), “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:7, 9). Tomó para sí mismo uno de los títulos de Dios:

“Yo Soy” (Juan 8:58, Éxodo 3:14, 15). Tal vez para nosotros algunas de estas expresiones son inconclusas, pero para los críticos de Jesucristo en aquel entonces, no había ninguna duda: Cristo afirmaba ser Dios y por eso buscaban apedrearle (Juan 8:59, Levítico 24:16). Ante Pilato lo acusaron porque “se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7). Cristo aceptó la acusación. No intentó corregirles. El sumo sacerdote le dijo “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. “Fácilmente hubiera podido evitar la crucifixión al responder negativamente. Pero Cristo acepta la afirmación al contestar “Tú lo has dicho; y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios...” (Mateo 26:63, 64). Todos entendieron esto como una afirmación clara que era Dios, y lo crucificaron.

(2) Las acciones de Jesucristo: Leemos que Cristo se comporta como Dios: controla la naturaleza, tiene autoridad sobre la muerte, pero más importante aún, Cristo toma sobre sí el derecho de perdonar pecados aunque era conocido por todos que sólo Dios perdona pecados (Marcos 2:5, 7). También acepta la adoración de Tomás, y sólo Dios es digno de adoración. Tomás le dijo “Señor mío y Dios mío!”. Cristo no le dice “yo no soy Dios”. Antes le reprende por ser tardo en creer (Juan 20:28, 29).

(3) Las enseñanzas de los apóstoles: No hay duda que los apóstoles enseñaban que el Hijo es Dios. Por ejemplo “Cristo, el cual es Dios” (Romanos 9:5). “En él (el Hijo) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). “...nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13).

Segundo: La Biblia describe al Padre y al Hijo como personas diferentes.

En los evangelios encontramos que Cristo ora frecuentemente. ¿A quién oraba? Lo cierto es que no hablaba consigo mismo (Lucas 6:12). En la cruz clamó “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?” Al cargar con nuestros pecados, Cristo sintió un distanciamiento entre Él y el Padre. Momentos antes de entregarse para ser crucificado, Cristo oró “no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lucas 22:42). Hay dos voluntades “la mía” y “la tuya”. Esto implica dos personas. Notemos el argumento de Cristo en Juan 8:17-19: La ley decía que el testimonio de DOS personas era válido. Cristo dice que hay DOS que dan testimonio de Él. ¿Quiénes? Él mismo y el Padre. Los distingue como dos personas. Si queda alguna duda, miremos cómo Cristo ora al Padre en Juan 17:11, 12 “para que sean uno así como nosotros”.

VERDAD No. 4: “EL ESPÍRITU SANTO es una persona, es Dios y es diferente al Padre y al Hijo”

El Espíritu Santo es la persona de la Trinidad que hace que la Deidad sea real para nosotros. La Deidad obra en el creyente y en la Iglesia por medio del Espíritu Santo. Por eso notamos que el Espíritu Santo está relacionado con poder y con acción. Debemos notar que el Espíritu capacita y da poder, pero Él no es una fuerza o una energía impersonal. La verdad que estamos considerando consta de tres partes. Veámoslas:

Primero: La Biblia describe al Espíritu Santo como una persona.

Al referirse al Espíritu Santo, las Escrituras siempre utilizan un pronombre para una “persona” y no para una “cosa”. ¿Por qué? Porque es una persona. En Juan 14:16 Jesucristo dice “rogaré al Padre y él os dará otro Consolador”. La palabra “otro” aquí significa “de la misma clase”. Implica tanto personalidad como divinidad. Notamos también

que el Espíritu Santo demuestra características de “persona” como tener inteligencia (Juan 14:26), voluntad (1 Corintios 12:11) y emociones (Efesios 4:30). En Hechos 15:28 los apóstoles y ancianos escribieron “nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...”. El Espíritu Santo tiene una opinión. Estas no son características de una fuerza o energía sino de una persona.

Segundo: La Biblia describe al Espíritu Santo como Dios.

Notamos que le da atributos divinos al Espíritu Santo, tales como conocer todas las cosas (1 Corintios 2:10, 11) y ser eterno (Hebreos 9:14). Es interesante notar en Hechos 5, que cuando Ananías y Safira pecaron, Pedro les afirmó en el v. 3 que habían mentado contra el Espíritu Santo. Luego en el v. 4 aclara “No has mentado a los hombres, sino a Dios” ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo es Dios. En 1 Corintios 3:16, 17 se nos dice que somos templos del Espíritu Santo; más adelante se nos afirma que somos templos de Dios (1 Corintios 6:19, 20). Si pensamos que el Espíritu Santo es inferior al Padre o al Hijo, reflexionemos sobre las palabras de Cristo en cuanto a las blasfemias en Mateo 12:31, 32. Toda blasfemia será perdonada, aun blasfemias contra el Hijo, pero no las que se profieran contra la persona divina del Espíritu Santo.

Tercero: Notamos que en la Biblia, el Espíritu Santo es una persona diferente al Padre y al Hijo.

Miremos cuidadosamente algunas de sus actividades: (1) Cuando Cristo bajó a las aguas del bautismo, el Padre declaró desde el cielo “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia”. Luego el Espíritu Santo descendió sobre Él como paloma (Lucas 3:21, 22). Aquí los tres se distinguen, cada uno haciendo una actividad diferente. (2) Notamos lo mismo en la obra de redención: Es el Padre quien nos amó y dio a su Hijo (Juan 3:16). Es el Hijo el que fue crucificado por nuestros pecados (1 Pedro 2:24). Es el Espíritu Santo el que obra en nuestro corazón para que sintamos nuestro pecado y busquemos a Cristo con el fin obtener esta salvación (Juan 16:7-10). (3) En cuanto a la venida del Espíritu Santo, leemos que el Hijo ruega al Padre para que envíe al Espíritu Santo. Luego el Padre y el Hijo juntos envían el Espíritu Santo (Juan 14:16-26; 15:26).

Conclusión:

Uniéndolas estas 4 verdades, concluimos que la Biblia enseña que existe un solo Dios verdadero, y que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son Dios, y que, sin dejar de ser un solo Dios verdadero, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo demuestran personalidad y son distintos. Esta es la doctrina de la Trinidad. Que el Señor nos ayude a no tomar esta revelación con liviandad, sino a “contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 13).